



Elías XXIII


CUENTO ASTURIANO

—Vaya, Manolo, te acompaño en el sentimiento... He sentido mucho la muerte de tu mujer y de tus hijos.


—Grasies, señoritu; pero del mal el menos. ¡Usté fégurese si conforme entra la peste pe la casa entra nel corral amuélomel!

Dib. ELÍAS DÍAZ.—Madrid.

Avuntamiento de Madrid



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
✎ rostro su tersura y lozanía ✎

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

13. — Bailarina.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

VIRIATO A
JAPÓN



— Al pagar su cuenta, ha olvidado el señorito al garçon.
— Pero ¿es que he comido ese plato?...

(De Le Rire, de París.)

14. — Per sæcula sæculorum.

**FLÚIDO
NEGACIÓN**

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

10.º cuaderno. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, coleccionados por orden alfabético. De verdadera utilidad para el trabajo. Suscripción: año, 12 cuadernos (uno mensual), 25 pesetas, con derecho a lujosas tapas. A plazos: 24 pesetas, nueve de entrada y cinco mensuales hasta completar lo publicado. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, Madrid.

Para las condiciones de este Concurso,
véase nuestro número 118.

15. — Tropa.

OCTUBREO

16. — Para confesarse.

500 PERFUME 500
EL SEÑOR 100 REZA TÓRRIDA — A

17. — Arma.

DOMICILIO
DE NOÉ

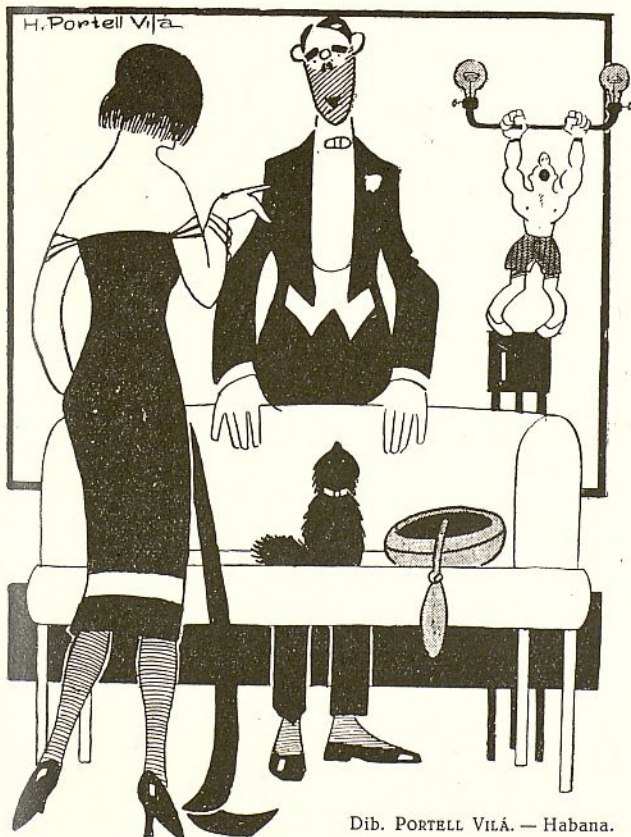
PERSONAJE
SUBMARINO — O

CUPÓN

correspondiente al número 120
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

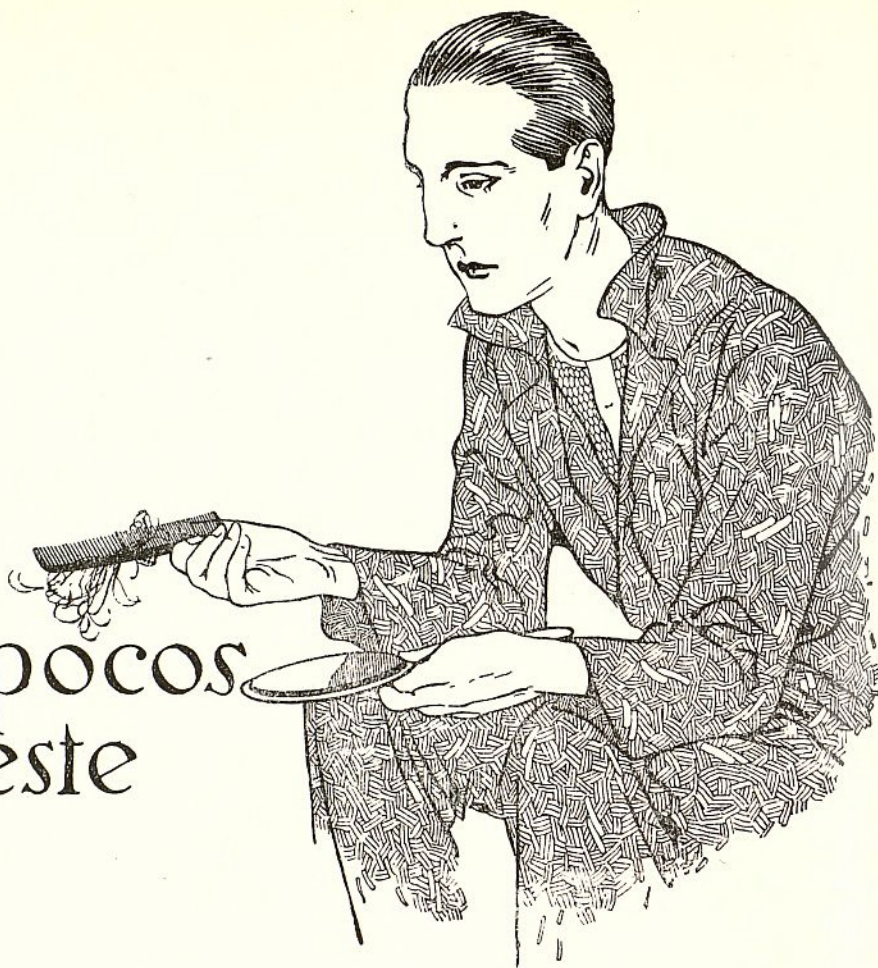


Dib. PORTELL VILÁ. — Habana.

ELLA. — ¿No le ha ocurrido a usted ningún accidente automovilístico?

EL. — Sí, señora; a mi esposa la conocí en un garage.

Muchos pocos
como este



acaban con la más espléndida cabellera cuando no se tiene la precaución de acudir al Petróleo Gal. Para combatir la caída del cabello, es necesario mantener el cuero cabelludo en

estado de perfecta limpieza y sustituir con un lubricante la grasa natural que le falta al cabello cuando empieza á perder vigor. La mejor preparación para este doble fin es el

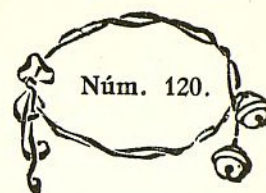


PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo, proporcionándole vigor y flexibilidad. El Laboratorio Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899.

El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

FRASCO, 2,50 EN TODA ESPAÑA



CON BUENA VOLUNTAD



Los señores de Planquet han tomado una nueva criada.

— Las costumbres de la casa son sencillas — le han dicho —; se aprenden fácilmente, y sólo es preciso buena voluntad.

La criada, recién venida del pueblo, y con el pelo, no solamente de la dehesa, sino del monte entero, se ha echado a reír.

— Si, señora, sí; con buena voluntad.

Y dando media vuelta rápida, ha en-ganchado el pie en la pata de una mesita, tirándola a rodar y rompiendo cuantos cachivaches había encima.

— ¡Demonio! Si que es mala pata.

— ¡La tuya, hija, la tuya!

— La mía, sí, señores, y la de la mesa. No lo hice con mala voluntad.

— Naturalmente; pero ten más cuidado, y mira dónde pisas, y no pisas sin haber mirado antes.

Los señores de Planquet creen que es un castigo del cielo la nueva criada, por la escasa fortuna que la acompaña en todos los actos del servicio. En cuanto hay algo que les molesta, es precisamente aquello lo que la criada ejecuta.

— El carbonero ha venido con la cuenta, y ha dicho que volverá luego.

— Dile que estoy de viaje y que no regreso hasta primeros del mes que viene.

— ¿A qué le digo que ha ido?

— A lo que quieras: a comprarle al río Guadiana unos lentes para los ojos de sus puentes, a ver la altura de techo que tiene el desierto de Sahara. A lo que te parezca mejor para convencer a un carbonero.

No ha concluido estas palabras el señor Planquet, cuando la criada entra a avisarle que en el despacho le espera

un señor. Acude a él, y se encuentra allí instalado ¡al carbonero!

«Con buena voluntad», la criada nueva les ahuma la comida, les rompe la vajilla, y cuando se halla de visita la señora de Planquet, sale a la sala, diciendo:

— Señora, aquí le traigo los dientes postizos, por si los necesita para hablar con estos señores...

Aquello no es vivir, ni descansar siquiera, porque el ceporro de la criada no cesa de hacer tonterías, que tienen al matrimonio sobresaltado.

— Dígame, señora, ¿le limpio el polvo al loro?

— ¿Al loro? ¡Pero si aquí no le hay!

— Es que yo, al retrato ese que hay

en el gabinete, le llamo así, porque la señora que está allí retratada parece un loro.

— Es la madre del señorito.

— ¡Anda, qué gracioso! Yo lo decía con la mejor voluntad del mundo.

— Lo comprendo; pero procura ser respetuosa con los señores, hasta en retratos.

La criada, siempre con su buena voluntad, no ha llevado a la oficina el recado de estar enfermo el señor Planquet, y éste se ha visto seriamente comprometido. Ella misma ha dicho a una visita que no tarden en marcharse, porque otras veces, cuando se van, los señores les llaman *pelmazos* y antipáticos.

En la sala hay una constante mancha de aceite sobre la alfombra, producida por la criada, no se sabe con qué objeto; pero se sospecha que ha sido con la botella del referido líquido.

— Pero, mujer, ¿cómo haces tanto disparate?

— No puedo decirle, señora, porque yo pongo toda mi buena voluntad; pero se conoce que me salen espontáneamente.

— ¡Menos mal que no lo estudias!

— Ni por asomo. ¿Ve usted? Yo ahora estampo contra el suelo esta sopera; pues no lo tenía ni pensado.

Al decir esto, ¡zas!, efectivamente, la estrella contra el pavimento, haciéndola mil pedazos. Esta criada es un alma de Dios.

Pero los señores de Planquet no han querido reconocer su buena fe — ¡al fin y al cabo almas triviales! —, y le han amenazado con plantarla de patitas en la calle tan pronto como haga una nueva tontería.

— ¿Y por qué me van a plantar a mí?

— Para ver si das mejores frutos.

— ¡Pero si yo lo hago todo con buena voluntad!

Se ha enfrascado a dar ex-



Dib. SILENO. — Madrid.

plicaciones, dejando inmóvil una plancha, extremadamente caliente, sobre la mejor camisa de Planquet, y cuando ha levantado el atributo estirador, sobre la pechera ha quedado una claraboya, de suficiente tamaño para que pase un gato ya crecido.

— Es que...

— Basta; no nos des explicaciones.

Y cogiendo a la criada el señor Planquet, la ha sacado hasta el rellano de la escalera, y allí, poniéndola de cara

a los escalones, la ha atizado una tremenda patada en..., en donde se dan las patadas.

— ¡Señorito...!

— Calla, tonta; lo hago con la mejor voluntad. Con la voluntad de ver si llegas hasta la portería, y allí te estrellas.

Y como la primera patada no ha bastado, ha repetido, y luego, tranquilamente, ha cerrado la puerta.

A. R. BONNAT



Dib. REDONDO. — Madrid.

— He visto a Ernesto con la cabeza vendada. Creo que ha reñido con su mujer.

— ¡Habrá sido la ruptura definitiva...

AL MARGEN DE LA GUERRA

Una Comisión de sabios en Historia Natural, a Marruecos irá pronto. ¿Para qué? Para estudiar la fauna (mujer del fauno), y la flora (la señora Floral), y la geología, y la gracia mineral de aquel sitio. ¿Con qué objeto? Con el de facilitar datos para el porvenir mercantil y el industrial. Me parece bien. Es cosa que aquí estaba haciendo ya mucha falta; porque, claro, no hay más que eso en que pensar.

¡Ya estoy viendo a esos señores en los campos de Tetuán (sin temor a los paqueos ni a que algún Abd-el-Chacal les rebane cualquier cosa cual si fuese mazapán) descubriendo por doquiera moscas de alta novedad, preguntando a los camellos si digieren bien o mal, y por qué desde chiquitos se han dejado jorobar; ya me los figuro a orillas de un arroyo musulmán viendo si hay allí besugos como los de por acá; viendo si bajo los montes hay almejas; si, además, hay cabritos en las chozas, guardias de Seguridad en los valles, y gallinas en algún que otro corral, y si ponen huevos frescos, y los ponen por detrás!

Y respecto a la botánica, ya estoy viéndoles gozar ante un cesto de higos chumbos y de dátiles. ¿Qué más vamos a pedirles que, cuando tornen a su hogar, unos vuelvan con orquídeas, y otros vengán con agraz, y, en fin, otros traigan moras descubiertas en Zeluán, y que, por lo investigado, no son fruto de moral?

¡Hagan, hagan sus pesquisas esos sabios! Bien está que allí apliquen sus estudios sobre Historial Natural; pero yo les anticipo que en Marruecos no hallarán tanta clase de animales como dejan por acá.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LOS BOLSILLOS

Indudablemente, la más seria invención que separa al hombre primitivo del hombre civilizado, fué la del bolsillo, que no sabemos cuándo ni cómo se verificó, ni a quién se debe.

Al principio, según afirman, iba el hombre desnudo de todo abrigo, costumbre que le ha valido el duro calificativo de salvaje por parte de las generaciones posteriores.

Después comienza a vestirse, sin prisa, a través de los siglos. Primero es la piel de una fiera muerta en cacería; luego, un tejido rudimentario; más tarde, el vistoso plumaje de un pájaro.

Así, mientras el vestido se convierte en una imprescindible necesidad y la coquetería va cambiando formas, haciendo pliegues, recortando vuelos, reformando, en fin, esta necesidad, hasta llenarla, cada vez más, de terribles dificultades.

Tantos cuidados necesita la confección de una prenda, que hace el sastre, para desgracia de la Humanidad, puesto que el hombre no puede perder su tiempo en hacerse los trajes. El sastre comienza a inventar complicaciones y a vestir a la Humanidad con ellas, desde los *kalasiris* de los egipcios y la toga romana, hasta los trajes de hoy, llenos de resquicios, de sisas y de costuras.

El sastre, a quien tan justificadamente tememos todos, porque nos somete a atroces torturas y no nos permite hacer la más tímida objeción sobre la hechura de la prenda que le hemos encomendado, alegando extrañas corrientes de la moda, y queriendo llevar siempre la razón, hubo de tropezar con un grave inconveniente el día que los hombres tuvieron que llevar consigo algún objeto — una moneda, un pájaro, un estuche — de un lado para otro, y quisieron llevar las manos desembarazadas.

Ante esta necesidad imperiosa, el carcaj, la escarcela, el zurrón, todo lo que pudiese el hombre llevar colgado no eran sino soluciones interinas al problema que, más tarde, cuando las molestias de la civilización hiciesen al hombre llevar consigo toda clase de objetos distintos, había de resolverse con la maravillosa invención del bolsillo, última palabra de la utilidad para el hombre moderno.

Tan sencillo, tan natural y sorprendente como el huevo de Colón, el hecho de abrir en los ropajes una especie de doble fondo de prestidigitador, donde llevar papeles, carteras, lápices, relojes, dinero y todo cuanto podemos necesitar inmediatamente, es de una importancia extraordinaria.

Vale la pena de pensar en esto para

reconocer todo lo que debemos a los bolsillos, la hospitalidad generosa que conceden a todos nuestros objetos, el calor maternal que prestan a nuestras manos ateridas, la discreción con que nos brindan cobijo para nuestras manos en los momentos de azoramiento, en los que no sabemos qué hacer con los brazos, como malos cómicos, que no sabemos tener soltura en el escenario de la Vida.

Hay que tratar bien a los bolsillos, y llenarlos de cosas, que es lo que ellos quieren. Los bolsillos grandes son un motivo de orgullo para el que los posee.

— ¡Mire, mire usted qué bolsillos tiene mi gabán! — dice nuestro amigo, introduciendo en los bolsillos inmensos sus brazos, hasta el codo —. Caben en ellos revistas, libros, aparatos, todo, todo, por grande que sea.

Y mientras nuestro amigo elogia calurosamente sus bolsillos insondables, no habrá otro que diga, al contrario, que sus bolsillos son pequeñísimos y que apenas cabe en ellos una nuez o un reloj extraplano. Si se jactara de eso, los demás tendrían de él la impresión de que es un hombre afeminado y minu-

cioso, sin la amplitud generosa de los hombres que tienen bolsillos en los que caben muchas, muchas cosas.

Debemos hacer con frecuencia arqueo de nuestros bolsillos, como se hace en los bancos arqueo de caja. Siempre encontraremos en ellos algún papel que teníamos olvidado, y que, muy arrugadito, se lamenta de nuestro olvido en un rincón.

Se llenan los bolsillos, con admirable tolerancia, de cosas que llevamos a ellos, de cosas que se amontonan hasta rebosar, y que debemos seleccionar con frecuencia, limpiando sus fondos, como los barcos en los puertos. Se llenan de pelusas y de migajas, que no sabemos cómo han entrado o si son generación espontánea o, más bien, la secreción interna de los bolsillos.

Cuanto más llenos los llevemos, mayor será la sensación de actividad que demos a la gente. Un hombre con los bolsillos vacíos es un hombre que no hace nada o que no pone su corazón en lo que hace, porque nuestros bolsillos son algo así como nuestra segunda alma, y los que, cuando al cabo de algunos años los vaciamos, volcando su almacén de papeles, con una nota, con una carta, con unas señas o un confetti de Carnaval lejano que ha anidado en el fondo de una costura ignota, nos da un recuerdo sugeridor y grato, de esos que tanto se paladean.

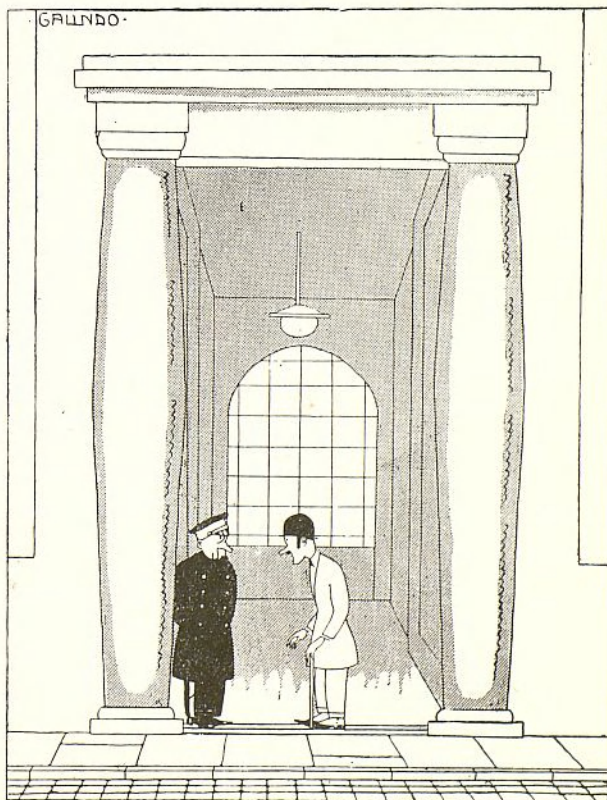
José LÓPEZ RUBIO

Dib. GALINDO

Madrid.

— ¿Es aquí donde va a dar el doctor Pérez una conferencia acerca de «Las cien mil maneras de no ponerse enfermo»?

— Sí, señor; pero se ha suspendido, por haberse indisputado el doctor Pérez.



LOS HUMORISTAS POR DENTRO

J. XAUDARÓ Y SU PERRO

Era un jueves humorístico en Jorge Juan. La *peña* de los humoristas tenía un lleno: Fresno, Xaudaró, Bartolozzi, Ramírez Angel, Manso, *K-Hito*, Lloréns, Bujados, Benlliure, *Zas*, Ochoa, *Bon e* infinidad más, bajo la paternal tutela de José Francés, charlaban en animada y fraterna camaradería. La *peña* de los humoristas es dura, compacta.

A mi lado esa admirable entelequia de Xaudaró: su perrito.

— ¿Cómo te llamas? — le digo:

— ¡Guau, guau, guau! Y haciendo un amplio ademán muy chulón, me dió con una patita en el último botón del chaleco.

— ¡Bueno, animal, buenol! ¿Qué me cuentas?

— ¿Me vas a hacer una interviú?

— Sí.

— ¡Guau..., guau..., guau!...

— ¿Qué opinas de los hombres? — le dije entonces.

— Que sois menos inteligentes que nosotros.

— ¿Por qué?

— Hombre, la experiencia me lo ha demostrado. Y a mi amo, Xaudaró, se lo he oído muchas veces. Fíjate en los peces, por ejemplo: ellos ven al pescador, y el pescador no los ve a ellos. Miran el anzuelo, luego la cuerda, la caña, y, al fin, al que pacientemente pesca. Y a propósito: ¿has visto algo más ridículo que un hombre pescando? ¡Los peces casi nunca pican! Los alimentos van con la corriente. En cuanto ven que no se mueve, no pican. Algunas veces caen, porque al echar el anzuelo es arrastrado un poco por la corriente, y se equivocan. Es como si tú vieras en el plato un *bifteck* que se moviera. ¿Lo comerías? No.

— No digas tonterías, chuchó, que los pescapican, aunque estén los alimentos quietos.

— Los que pican así son los suicidas.

— Eres genial.

— Es mi amo. Bueno. Pues nosotros, los perros, somos más inteligentes que vosotros. Tú me dices: «Vamos», y te entiendo; «dame la patita», y te la doy; «vete», y me largo..., y todo. En cambio, vosotros no nos entendéis ni en broma. Además, sois muy ridículos. Ladraba antes de los pescadores. Pero ¿y los cazadores? Os armáis de un madero, de varios hierros, de un tubo, y para no lograr nada hacéis un ruido horrible: humo, mal olor..., mientras nosotros cogemos la pieza, mejor que vosotros, sin necesidad de eso que llamáis escopeta...

Xaudaró, en esto, se fija en nuestro diálogo, e interviene.

— ¿Estará usted contento de su perro — le decimos.

— No, señor. Yo no sé por qué la gente se preocupa tanto de él. ¿Por qué querrán que lo ponga siempre? ¡No me lo explico! Lo puse una vez en un dibujo, hizo gracia, y desde entonces siempre lo tengo que poner. Es más conocido que yo. Puedo decir que me pasó lo que a Romero de Torres, al que una vez que le presentaron a unas señoritas, le dijeron: «¡Ahl...! ¿Es usted el del pincel? Lo hemos oído mucho en cuplés.» Así, a mí, anoche, me dijeron: «¡Oh!... ¿El dibujante del perrito? Haber empezado por eso. ¡Ya lo creo que le conozco!» — me dijo una señora.

— ¿Qué me cuenta usted de su vida?

— Que soy dibujante por afición. Estudié para marino. Pero mi madre no quiso que embarcara nunca. Las matemáticas que aprendí me han servido ahora para saber reducir mis dibujos y hacerlos a la medida de las planas. Como ve, no he perdido el tiempo del todo. Comencé dibujando en Barcelona. Menos mal que tenía para comer; si no, muero. Me daban dos y tres pesetas por dibujo, y siete cincuenta en *La Tomasa*, como una cosa extraordinaria. Luego fui a *Blanco y Negro* y a *B.C.* De aquí fui a París y Londres.

— ¿Por qué?

— Porque Luca de Tena se empeñó en que, como ahora Primo de Rivera, había que entrar en el periódico con hora. Tiránias no aguantó. Me marché. — Hizo una pausa. — ¿Sabe usted cómo me acostumbé a madrugar?

— No.

— Mandando en Monzón, en donde estuve una temporada, que el barbero fuera a afeitarme a las seis de la mañana... Los primeros días el hombre sudaba por no cortarme. Me afeitaba dormido...

— ¿Y en París?

— En seguida encontré grandes colaboraciones. Me fué muy bien.

— ¿Y en Londres?

— Allí me pasaron cosas graciosas.

— A ver. Cuente.

— Al llegar, como no sabía ni una palabra de inglés, las pasé muy mal. Un día en que me había citado en un restaurante con un amigo, pedí ternera, en vista de que mi amigo no venía. Para pedirla, saqué mi *carpet* y pinté una cabeza de ternera. Llamé a la camarera, allí esto es corriente, y con el dedo la hice señas de que de aquello quería comer. Pasó un rato. Me trajo una cosa rara oscilante, entre gelatina. «¡Se ha equivocado!», pensé. Y aquí mi duda. ¿Cómo pintar una equivocación? Mi amigo, que llegó en aquel instante, me sacó del apuro. Le conté lo que pasaba. Habló en inglés, naturalmente, con la camarera, y se echó a reír. «Me dice la camarera — me explicó — que has pintado una cabeza de ternera. Que la has señalado con el dedo. Y que como coincidió tu índice con el morro de la ternera, te ha traído hocico...» No pude contenerme. «Menos mal que he señalado el morro. ¡Si coincidí mi dedo con un cuerno, me trae un peine!» — le dije. Reímos.

— ¿Aprendió usted inglés?

— No hubo medio. Mire: yo iba todos los días a Tottenham. Cow. Road. Pedía el billete otro, porque a mí no me entendían. Hasta que Baeza, un día me dijo: Di «Todo te lo dan con room», y verás cómo te entienden...» Efectivamente. Hice la prueba el primer día, con el consiguiente pánico. Pero me entendieron. Desde entonces, esas y otras cosas las pedía en camelo. Usted comprenderá que un idioma que se presta a estos pitoreos, no podía estudiarlo con afán.

(EL PERRITO.) — ¡Guau, guau!

— ¿Qué es lo que a usted le apasiona después del dibujo?

— El Pernod. Y el ajeno.

— ¿Nada más?

Xaudaró hace gesto muy expresivo y pronuncia unas frases. Pero su perrito no me deja oírle. Cuantas veces lo intento, el perro nos interrumpe con sus ladridos.

Le echo una *perra* para que se calle, pero no me hace caso...

Y no pudimos seguir entendiéndonos...



El perro de Xaudaró.

E. ESTEVEZ ORTEGA



Dibujo de SANCHÁ.

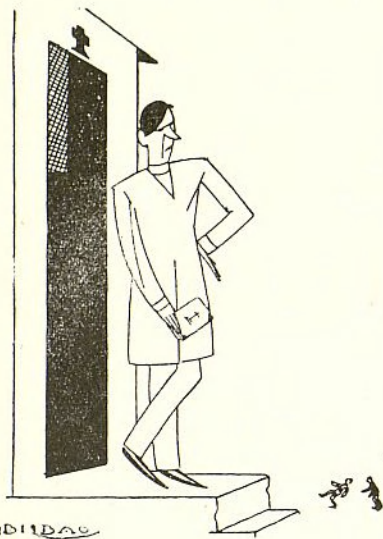
El caricaturista Joaquín Xaudaró, que ha vivido muchos años en París y Londres, y ahora vive en Madrid... y en Ginebra.

Ayuntamiento de Madrid

FUERTES Y FRESCOS

MAC ATOTE, BOXEADOR REVERENDO

Los deportes, al extenderse en España con tan extraordinaria intensidad, se han convertido en estímulos de atracción tan vigorosos, que muchos industriales se aprovechan de ellos para la propaganda de sus artículos. Sin embargo, no creo puedan llevarse al grado a que lo ha verificado el reverendo padre



Mac Atote, pastor de origen escocés, en el pueblo americano Foolisch's Town.

El tal evangélico es un eclesiástico sumamente ingenioso, y no podía consentir en modo alguno que sus ovejas anduviesen en gran descarrío, sin oír sus consejos, pláticas y sermones, y sin que dieran ni un mal penique para el sostenimiento de su capilla. Se bastaba y sobraba para obligarlas a volver al camino del bien, atrayéndolas a las sanas prácticas e impidiendo olvidaran sus obligaciones espirituales, pues los moradores de Foolisch's Town, en su pasión deportiva, no sólo empleaban la tarde del sábado en sus juegos, sino también muy buena parte de los domingos. Estrujó un poco el magín, y, tras de darle algunas vueltas al asunto, se decidió, para conseguir la vuelta del rebaño, a explotar los instintos deportivos que existían en sus feligreses, como en el fondo de toda alma sajona.

Y, como lo pensó, lo hizo. El pastor adquirió un inmueble, anteriormente ocupado por una agencia de apuestas mutuas, y sobre la puerta colocó un enorme letrero, soberbiamente escrito, que decía: «Conversión de una agencia de deportes. Todos los días expondrá al público cuantas noticias deportivas puedan interesarle.» Con ello logró que,

corriéndose la voz, todos los días, a la hora en que hacía sus ejercicios, una multitud de ciudadanos y ciudadanas se estacionara durante gran tiempo ante el local; y, como no daba, de propósito, ninguna noticia hasta terminar sus rezos, que muchas personas entraran a orar con él, aunque no fuera más que para distraer la espera. Mas notó que aun no obtenía los resultados que anhelaba y, sobre todo, con la rapidez debida.

No se amilanó, y, en ocasión de dar los resultados de una gran carrera de caballos, ante más de dos millares de almas, al lado del primer cartel colgó este otro: «Nuestra agencia, regenerada y convertida, se fundará sobre bases completamente nuevas, sin que nuestros clientes arriesguen su libertad personal. Programa para el próximo domingo, a las nueve de su mañana. Primera prueba: Lucha de los Santos Principios contra las Prácticas Corrompidas. Tres boxeadores: Derecho, Verdad y Bien, contra Mal, Falsedad e Injusticia. Lucha entre Bob Derecho y Tommy Pillo. Tenemos por segura la victoria de Bob Derecho. Damos por Bob diez contra uno. Entrada, tres peniques. Quien antes llegue, obtendrá mejor sitio.»

Inusitado asombro e inmensa alegría produjeron en los circunstantes las anteriores líneas. Una ovación ensordecedora acogió la salida del reverendo, oyéndose muchos vivas al pastor Mac Atote.



Todos aguardaban con impaciencia la llegada del domingo. Entre los vecinos, y aun entre miembros de la misma familia, cruzábanse apuestas y disputas sobre los futuros vencedores. Una cosa tan sólo atormentaba a aquellas gentes: el desconocimiento y falta de antecedentes sobre los que iban a luchar; pero cuando el padre los anunciaba tan pomposamente, sin duda serían formidables.

Llegó el ansiado día. Todo Foolisch's Town acudió a las puertas del recinto. Hubo prójimo que, imitando a nuestros coleópteros de la lotería, se pasó la noche al fresco para adquirir un buen puesto. La policía se vió y deseó para encauzar aquel torrente, teniendo que dejar fuera a miles de personas, por temor a una catástrofe. En el centro de la capilla se elevaba un tablado, imitador exacto de un ring. Sin reparar en el lugar, oíanse grandes gritos entablado apuestas, y todo el mundo hacía comentarios en alta voz. Mas pronto se hizo un gran silencio. El evangélico apareció por una puerta del fondo: con

paso tranquilo y actitud de unción, subió al tablado. Anunció la primera prueba: Lucha de los Santos Principios contra las Prácticas Corrompidas. Todos se aprestaron a oír. Con una imperturbabilidad incomparable, el páter empezó a simbolizar en una plática que más tenía de sermón que de presentación de luchadores. El público se impacientaba, y aunque algunos, oliéndose la jugada, empezaban a ver claro, la mayoría comenzó a pedir: «¡Que salgan! ¡Que salgan!» Mac Atote seguía impávido su lectura. Pasó una hora: nadie salía a la lucha. Uno de los espectadores, no pudiendo aguantar más, se encara con el empresario evangelizador, y le dice:

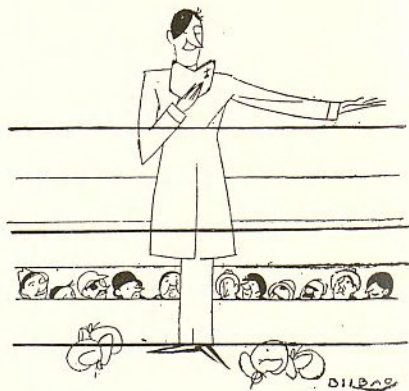
— ¿Salen o no salen?

— Cuando hagáis vuestros oficios — replica el interpelado.

— Entonces, ¿nos habéis tomado el pelo?

El pobre Mac no pudo contestar: ebrio de furia y de indignación al observar la irreverencia e ignorancia del interpelante, se abalanzó sobre él, e izándole al ring, tomándole por el cuello de la americana, le dejó sobre el tablado, y dejó caer sobre aquel imbécil una lluvia de golpes que le dejó fuera de combate a los dos minutos. Los concurrentes, locos de entusiasmo, manifestáronse en una ovación clamorosa, y, cogiendo a Mac Atote, lo llevaron en hombros por las calles.

Se hizo la figura de moda, y en adelante vió su capilla concurridísima, contando las limosnas, no sólo por peni-



ques, sino por libras, y aun por quintales. Y cuentan que el ingenioso, al reunirse con otros reverendos, les decía:

— Desengañaos: en estos tiempos de civilización, la suerte no se adquiere más que a puñetazos.

MARCOS DE CAOBA

"EL REY QUE RABIÓ", CANTADO POR ROMANONES

¡Ay de mí!...
¡Ay de mí!...
¡Si acabaré llorando,
yo que siempre reí!...

(Indescribable trozo de música — y lo digo más en serio que cuando pago el inquilinato — con cuya preciosísima melodía, que hoy no hay maestros que la imiten (¡y bastante les fastidia a los maestros actuales), se me ha ocurrido que podría el ínclito Romanones cantar el acerbo dolor que ahora le está consumiendo. Fíjense ustedes, a ver si he dado en el clavo.)

ROMANONES. — (Surge en escena apoyándose ligeramente en el pie derecho, y andando con todo el garbo que le permiten las circunstancias, que, por desgracia, no es mucho; pero ¡qué le vamos a hacer!... Canta sus desgracias, como ya hemos dicho, con música de El rey que rabió, aunque en este caso el que ha rabiado y sigue rabiando no es más que un ex presidente del Consejo.)

Yo, que siempre de las leyes me burlé;
yo, que a amigos y a caciques protegí;
yo, que siempre de las crisis me reí,
hace poco (¡fué en septiembre!) la diñé.
¡Qué disgusto me llevé! ¡Fué de pistón!
¡En dos horas me tragué un kilo de hiell!
¡No poder chupar del bote y del turrón,
ni poder volver a hacer ningún pastel!...

¡Ay de mí!...
¡Ay de mí!...
¡Yo no he estirao la pata,
pero ya fallecí!...
¡Ay de mí!...
¿Qué ha pasao
que, aun siendo yo tan vivo,
me han matao y enterrao?...

¡No hay manera de volver a mangonear,
ni aun pidiéndolo a la Virgen y a Jesús!
¡Piensen, pues, lo que me tiene que chincar
ser hoy menos que Cienhigos y Lerroux!

¡Romanones, nones! — dicen que gritó
todo el mundo, menos Brocas y Alcalá (1).
Y no es justo, pues no sé qué habré hecho yo...
cuando yo, en toda mi vida, no he hecho nal (2).

¡Ay de mí!...
¡Ay, que no hay
nadie más desgraciado,
salvo Santos Ecay!...
¡Ay de mí!...
¡Ay, ay, ay!...
¡Hoy es mi vida un drama
de José Echegaray!...

Cuando monto en el tranvía, he de pagar...
Y lo mismo cuando monto en algún tren...
¡Y si voy en auto, tengo que sudar (3),
que me cuesta unos sudores de chipén!...
¡El fumar puros donados se ha acabaol!
¡En el Real no dan un palco ni pa Dios!
¡Y de cartas, ya cien duros he pagao,
yo, que nunca di por eso más que dos! (4).

¡Ay de mí!...
¡Ay de mí!...
¡Yo en la mayor miseria,
y Alba en Valladolid! (5)
¡Paso yo
las morás!...
¡Y no me doy un tiro,
por no gastar ya más!...

(Quiere decir que, encima de lo que tiene encima, no está para soltar más dinero adquiriendo el arma. Alabamos su decisión, porque no nos place que los dramas tengan desenlaces violentos. Es mejor reír que llorar, y es innegable que los españoles hemos ya reído lo nuestro desde el mes de septiembre próximo pasado, aunque a D. Alvaro le moleste, que sí que le molesta.)

NÉSTOR O. LOPE

- (1) Zamora.
- (2) Práctico ni útil.
- (3) La pasta.
- (4) Céntimos.
- (5) Cuando le dejen.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

COINCIDENCIAS

Hace algún tiempo — poco, relativamente — se estrenó en un teatro de Madrid cierto drama cuyos nombre y autor no he acertado a recordar, aunque sí su argumento.

Era un lamentable suceso de la vida vulgar: un drama mediano. Helo aquí:

Un sujeto desaprensivo contrajo matrimonio con una pobre mujer; nacieron hijos; el canalla dió mala vida a la esposa, y al cabo sobrevino la separación de cuerpos.

La mujer, en la pendiente de la miseria, tuvo que aceptar los galanteos de otro hombre para poder mantener a sus

retoños; pero he aquí que el protector, en vez de salir inconstante y frívolo, resultó un hombre de peso y de corazón. Tomó afecto a las criaturas desdichadas, y a la madre, desdichada también: creó un nuevo hogar. La Fortuna les prestó su valiosa ayuda. Y... Un día el marido desaprensivo hubo de presentarse reclamando algún dinero a cambio de su inhibición absoluta. El no se negaba a consentir aquella unión ilegal; no se oponía a aparecer en ridículo ante la sociedad; mas la ley le amparaba: podía perjudicar a los adúlteros, y solicitaba el pago de su consentimiento en moneda corriente.

Entonces, el protector de la mujer

pronunciaba un brillante discurso. Frente a la ley fría, uniforme, oponía su ley: su derecho a ser feliz, a defender su casa y su hogar... Y el mal marido terminaba sus tristes días de forma demasiado violenta...

La semana pasada, por la tarde, asistimos a un estreno en Martín: al del drama *Sobre la ley*.

Con gran sorpresa nuestra, comenzó a desarrollarse la nueva producción a base del matrimonio desgraciado. Continuó aquello de la separación, del protector, del nuevo hogar y del marido que se amparaba en la ley. No hemos

de repetir lo que antes relatamos. Sobrevino el discurso fatal; el amante opuso su voluntad a la ley de los hombres. ¡Y el marido feneció violentamente!

Comentando la extraña y absoluta coincidencia, nos dirigimos a casa; cenamos con precipitación, y nos fuimos a Price con el fin de presenciar el segundo estreno del día, titulado *El otro derecho*.

Dió principio la representación. A los pocos minutos empezamos a restregarnos los ojos con violencia.

— ¿Estoy dormido? — pensaba —. ¿Sueño acaso? ¿Tal impresión ha causado en mi ánimo la coincidencia del drama estrenado hace meses con el que vi esta tarde? ¿Es que ya todas las comedias me van a parecer iguales?

Ustedes no pueden imaginar mi asom-

bro cuando me di cuenta de que no estaba soñando. Era un drama exactamente igual al que había visto por la tarde.

¡Un matrimonio desavenido! ¡La separación!!! ¡La senda del vicio!!! ¡El protector!!!!

No he de cansarles. Surgió el marido y reclamó sus derechos... El amante lanzó el discurso de marras, y mostró, finalmente, *su derecho*, que era el de suprimir de un hachazo al inoportuno. Como se esperaba.

Por cierto, que en el estreno del segundo drama — el tercero, según nuestra cuenta —, el público, rugiendo de placer y escandalizando de fervida ad-

miración, dió calurosas vivas a los autores. Parecían todos epilépticos. ¡Y en el estreno de *Sobre la ley*, se aplaudió simplemente!

No estamos conformes. Sería una injusticia notoria si los mismos que vitorearon a unos no vitorearan al otro. Es imprescindible ir a Martín y dar unos cuantos gritos de entusiasmo, deseando larga y próspera vida al afortunado autor.

¡Equidad, caballeros!

MÁS VUELTAS A DON JUAN

¿Ustedes opinan que don Juan no existe? La condesa de San Luis niega terminantemente: don Juan, no existe. Y, para probarlo, saca a escena a un *tenorio* vulgar, y le rodea de cuatro mujeres: una casada joven y virtuosa; una cupletista; una niña *bien*, y una doncellita pizpireta. ¿Creen ustedes que don Juan fracasa con las cuatro? ¡Pues están en un error!

Las tres últimas casi se declaran al hombre, lo persiguen y lo rinden; la primera se resiste durante una corta escena, y se marcha de prisa..., por si acaso.

Juramos, con la mano puesta sobre el corazón, que si la comedia, en vez de un acto, llega a tener tres, no sólo ocurre la catástrofe con la casadita, sino que faltan damas jóvenes en la compañía de la Princesa para que el conquistador cumpliera los fines para que fue creado...

Pero eso es una opinión particular nuestra, que puede ser inspirada por el orgullo masculino. A lo mejor, la ilustre autora tiene razón.

¡Y mucha más hubiese tenido si, en vez de vencer don Juan en los tres casos primeros, fracasara tristemente en los cuatro!

Así como está la comedia, no puede llamarse *Don Juan no existe*. Sería más lógico que se titulara *Don Juan obtiene victorias parciales*. Ese sería el justo medio.

OTRO ESTRENO

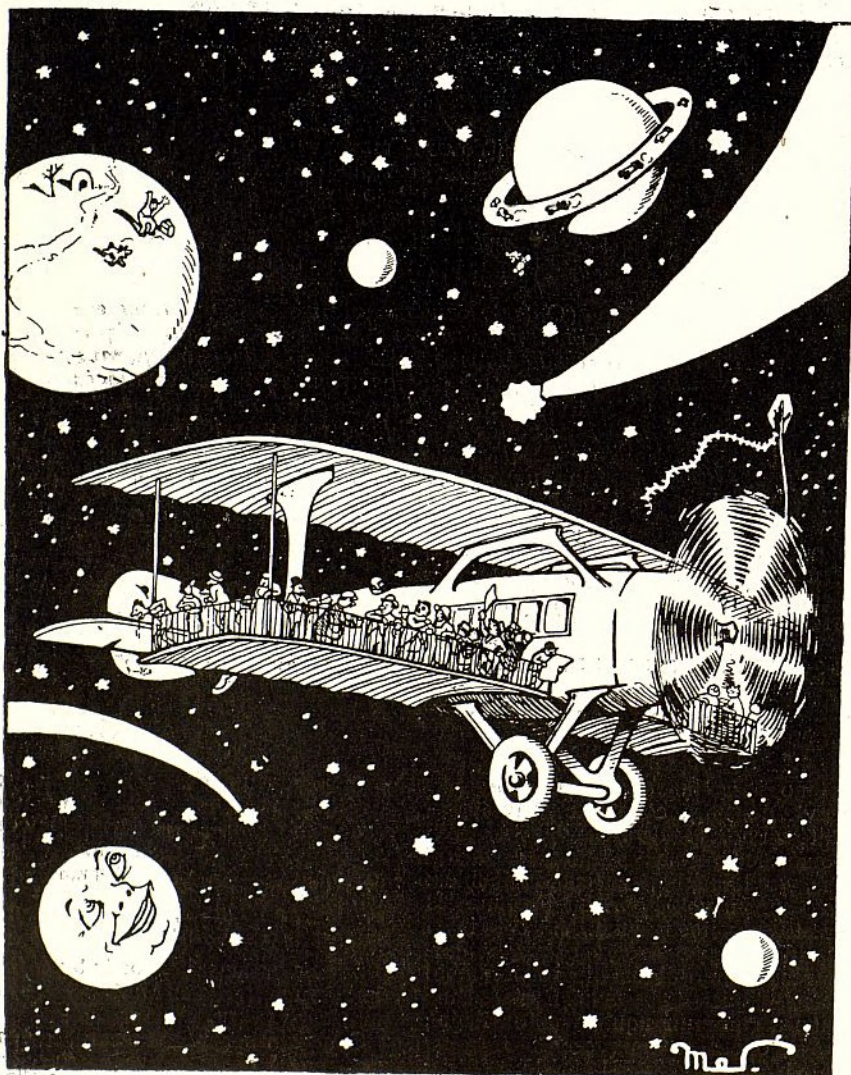
Durante la anterior semana se estrenó en el Cómico una obra en cuatro actos titulada *Aquella mujer*, traducción de Martínez Sierra. Es una comedia de interesante intriga, que mantiene viva la curiosidad del espectador a lo largo — ¡muy largo! — de cuatro actos. Y al final tiene un *truco* sorprendente. Cuando pensamos que el protagonista terminará en la cárcel, resulta que se casa con la dama.

En realidad, todos creímos lo contrario.

El público, al salir del teatro, lo proclamaba a voces:

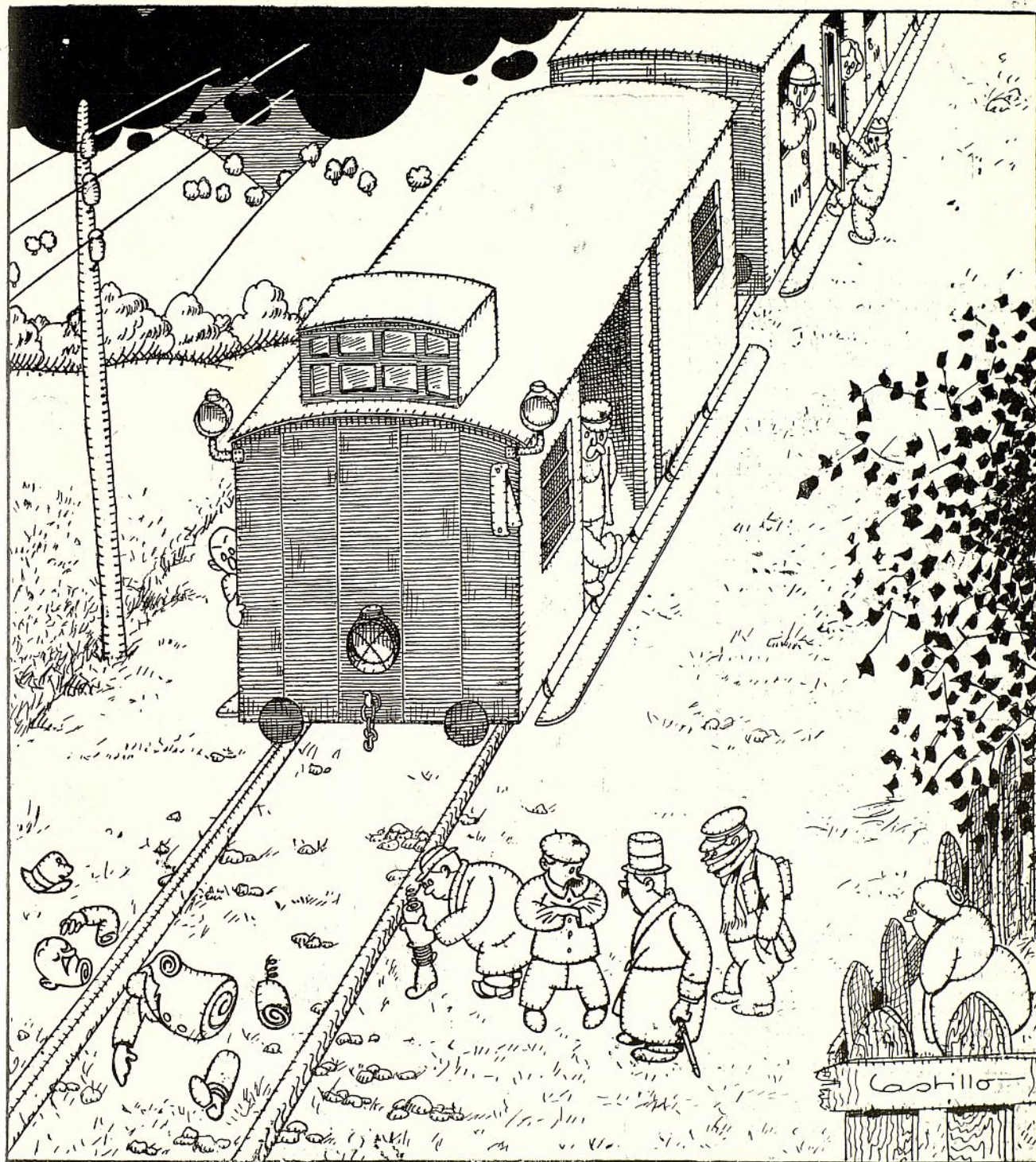
— ¡Ese hombre debía estar preso!
Y suponemos que se referiría al personaje de la comedia.

José L. MAYRAL



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

UN VIAJE INTERPLANETARIO EN 1991



Dib. CASTILLO. — Madrid

EL MAQUINISTA. — Yo ya hacía un ratito que estaba viendo a este hombre en medio de la vía.

EL JUEZ. — Entonces, ¿por qué no avisó con el silbato?

EL MAQUINISTA. — ¡Pues... por no despertarle!

LA VIDA ES DURA...

«La vida es dura. Amarga
y pesa.» RUBÉN DARÍO.

Señoritas Rosario, Manolita y Lola..., ¿dónde se han metido ustedes? ¿Ya no se acuerdan de mí? Pues yo, francamente, no las olvido; me es imposible vivir sin ustedes; ando alicaído y taciturno. Palabra.

Porque en aquella oficina, al fin y al cabo, no nos iba tan mal. Las horas de trabajo eran muchas. El sueldo, corto. El local, simpático, cerca de uno de los paseos más alegres de estos Madriles, adonde iban ustedes con el novio y yo con mis chiquitines. Los compañeros eran excelentes personas. Gruñones y descontentadizos, como todos los compañeros del mundo. Se creían postergados y muy superiores a su categoría; pero eso nos ocurría también a nosotros, ¿se acuerdan ustedes, señoritas Lola, Rosario y Manolita? Entre ellos había, como en todas las oficinas, el jefe grotesco y el jefe bilioso; el camarada que no hace un favor a nadie, y domina el arte de mirar de reojo, y le cuenta al director todo lo que ocurre en la «casa», y el camarada que sale siempre el último, que trabaja como un asnillo, y del que, en justo pago, nos burlábamos todos...

¡Cómo sudábamos, señoritas! Ustedes, delante de su máquina; yo, «estudiando» aquellos montones de lugares comunes, de fechas y cifras, llamados correspondencia. Las tres máquinas de escribir, manejadas a un tiempo por los sufridos dedos de ustedes, promovían un ruidito con pretensiones de alboroto. Nunca se lo dije a ustedes: me gustaba aquel fuego graneado de golpecitos, aquel redoble de la actividad y de la resignación, aquella granizada interminable que repiqueteaba sobre nuestro silencio lúgubre y modoso de galeotes.

Aun me parece que la estoy viendo a usted, Manolita. Menuda, ágil, escapada de un donaire de Goya, de uno de esos donaires donde unas mocitas mantean a un pelele, donde una mocita va seguida de un embozado, donde una mocita, en una sombra, se estira saladamente la media. Tenía usted escasamente veinte años, y en su carita redonda, coloradita y risueña, los ojos les gritaban a todos aquellos que saben leer en la cara de las mujeres españoles que le daban a usted muy poco sueldo. Escribía usted con rapidez, y se equivocaba a menudo. Yo me enfadaba mucho, porque alguna vez demostraba usted — mujer, al fin —, muy

MITIN ABOLICIONISTA EN ESLAVA



Victoria Kent. — "Beatriz Gando". — María Martínez Sierra.

:: :: :: Aurora Riaño. — Pilar Mate. — Doctor Juarros :: :: ::

Caricaturas de FRESNO. — Madrid.

escasa consideración a la ortografía. Pero yo, señorita, tenía que cumplir con mi deber de jefe. Como una de las fiestas más calladas de mi encierro evoco aquellas manitas de usted saltando gorrionescamente sobre el teclado, y aquellos ojos suyos, que no dejaban de mirar al reloj de enfrente, para ver si se acercaba «la hora».

«Usted, señorita Rosario, tan dulce, tan gallarda, no dominaba del todo ni la taquigrafía ni la mecanografía; pero su timidez, su mirada turbia de gacela, conmovían. ¡Qué ojos tan melancólicamente almeñados tiene usted, señorita Rosario! El señor director me decía con frecuencia, a propósito de usted: «Trabaja muy despacio esa chica, Achúchela. No se haga usted de miel. Menos de diez o doce cartas por hora, no debe ni puede hacer. Vigílela. He visto en el cajón de su mesita, junto a la caja de polvos, la consabida novela corta. No sea usted blando. Achúchela.» ¿Comprende usted? ¿Me perdona ahora, señorita, porque la achuché tantas veces?

¿Y usted, señorita Lola, la encargada del correo, tan buena, tan linda, dónde llora actualmente? Yo no tuve, créalo, la culpa, de que llorase tanto. Es que no sumaba usted bien; es que me ponía atrocidades en las cartas; es que, por culpa del regañito con el novio de tanda, me franqueaba usted con sellos de a real las cartas para América; es que, porque aquel día hacía demasiado sol, o porque llovía menudito, menudito, taquigrafíaba usted magnesias en vez de gimnasia, y luego, a la hora de la firma, resonaban como cañonazos los gritos del señor director, y yo salía de su despacho con aquella cara dura que había ya de mantener hasta la hora de salida.

De todos modos, estábamos muy contentos en aquella covachuela. La juventud de ustedes, perfumada y risueña, limpiaba a veces de gerundios mi prosa espesa de secretaria. Yo, sin gerundios, he sido siempre un hombre feliz. El Destino — llamemos así a aquel nuevo director amarillo, bilioso, hijo de madre loba — nos puso de patitas en la calle. Cada cual de nosotros tiró por su lado. Ustedes, señoritas, con su decencia, tan linda e inútil; con su taquigrafía, con sus ojos cohibidos, ¿dónde suspiran ahora? ¿Qué «pinta» tiene el novio de turno? ¿Ahueva mucho las pupilas el jefe para recordarles que ayer es una triste palabra que se escribe, por ahora, sin hache? Yo, cesante aún, paseo con mis pequeñuelos al sol, tan bello y barato, de Rosales, y me acuerdo de las tres maquinillas, y de su zumbido, y de aquellas mañanas en que les dictaba párrafo tras párrafo de prosa espesa. Mañanas, ¡ay!, que no volverán, como las golondrinas de que hablaba aquel poeta que usted, señorita Lola, ¿recuerda?, me confesó no conocer...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

¡OJO CON LAS IDEAS!...

Cada día que pasa estoy más convencido de lo peligroso que es tener ideas. Y tanto es así, que cuando alguna vez — esto sucede de vez en cuando, ¡palabra de honor! —, siento que me ha nacido alguna idea en el cerebro, camino por la calle con más precauciones que si supiera que llevaba un explosivo en el bolsillo del pantalón.

Alarma eso de mover la cabeza y sentir la idea chocar contra las paredes del cráneo. Alojar una idea en el cerebro es algo altamente peligroso. Una cabeza sana, moral y materialmente, debe estar perfectamente hueca, sin el morbo de una idea que la infle, la infle...

Y yo no quiero decir con esto que no debieran existir las ideas. No; que existan, sí, pero no siempre en el cerebro: *en casa...* Debieran estar las ideas en el aire, en el espacio, como los espíritus; y el trabajo de un cerebro serio y honrado

— no de un cerebro frívolo y dado a la bagatela — consistiría entonces en atraerse las ideas cuando las necesitase, usarlas y luego darles suelta, como palomos...

Así, el hombre poseedor de ese cerebro privilegiado sería un formidable manipulador de ideas; las iría cazando, usando, exprimiendo, y luego, al final, las expondría ante sus amistades, en la mesa del café, como pajaritas de papel...

Porque tener ideas es relativamente fácil. Lo difícil consiste en saber guardarlas, archivarlas, meterlas en su casilla correspondiente. Hemos quedado en que el cerebro es un oficinista, ya que el corazón ha tenido la desfachatez de apropiarse todo el lirismo del cuerpo humano y toda su emoción. Pero aquel oficinista no cumple siempre con su deber, a pesar de sus manguitos negros y sus gafas de metal blanco. En muchos

seres, ese oficinista toma demasiado café y lee eternamente un periódico; y, claro es, las ideas a su cargo se pierden, se traspapelan, se fugan misteriosamente, se rompen, se llenan de polvo...

Claro que la culpa no es sólo de él. Porque el tipo de manipulador de ideas no existe hoy día. Sólo hallamos el tragador de ideas, el glotón de ideas, el que se atiborra de ideas, que, luego, dada la forma de engullirlas, no ha de digerir jamás... Seres extraños que van cogiendo las ideas donde las encuentran, y las van tragando sin apenas masticarlas, amontonándolas unas encima de otras, de cualquier forma, y llegan a casa con ideas hasta en los bolsillos del chaleco.

Ya que el ideal antes expuesto de que las ideas vagasen por el aire, a nuestra disposición, no es realizable, inventemos una gimnasia cerebral en la que las ideas hagan flexiones, movimientos suecos y tomen duchas. Claro es que a mí me importa tres pitos que ustedes sigan tragando ideas como más les plazca. Pero he querido prevenirlos, para evitar las terribles batallas de ideas que suelen darse en los cerebros. Esas batallas — lo sé por experiencia — son dolorosísimas y sanguinolentas. Y las más espantables se dan, no sólo cuando se piensa mucho, sino cuando se piensan cosas contradictorias.

Se siente en la cabeza a las ideas contrarias ir y venir, discutir, gritar, insultarse, correr, tirarse los trastos a la cabeza, y, finalmente, después de mucho sufrir, nos llega la calma por la desaparición de una de ellas. Esta desaparición puede ser por asesinato, por pérdida o por secuestro. Cuando una idea asesina a la otra, es cuando decimos que tenemos jaqueca o neuralgia. Cuando se pierde una idea, o nos la secuestran, decimos que nuestra memoria se debilita. La pérdida de la idea consiste a veces en que la dejamos sobre una mesa o en lo alto de un armario; entonces basta volver, aunque sea impensadamente, al sitio en que la dejamos, para que ella misma se cuele de nuevo en nuestro cerebro. Porque ella nos ha buscado con más interés, quizás, que nosotros a ella.

Otras veces perdemos la idea definitivamente, o se nos cae al suelo y se hace añicos. (Yo conocí a un señor al que se le cayó una idea desde lo alto de la cabeza sobre un pie, y por poco tienen que amputarle la pierna correspondiente. Esto les suele pasar a los calvos, porque las ideas fugitivas resbalan sobre las calvas como por un tobogán.) Pero lo más horrible es cuando una idea secuestra a otra; la idea secuestrada forcejea, grita, patalea, da puñetazos en la puerta de su celda; pero la otra la tiene bien encerrada y no la deja manifestarse por completo. Entonces andamos desorientados, y parece que hemos perdido nuestro centro de gravedad.



Dib. BAI. — Madrid.

- *Es el auto de mi tío, que está enfermo...*
- *Y ¿qué tiene?*
- *Un asiento...*

GABRIEL GREINER

CUESTIONES DE POCO PESO

CUIDADO CON LA PINTURA

He aquí el consejo que bondadosamente nos hace a cada momento algún comerciante: «Cuidado con la pintura», recomienda por medio de un aviso humilde, modosito, todo cordura, afabilidad y circunspección, colocado en lugar preferente sobre la fachada de su comercio. Cualquiera diría que se propone hacernos un favor. Y es precisamente todo lo contrario. Lo que se propone es que se lo hagamos nosotros a él.

La advertencia está redactada en términos de una terrible ambigüedad, que desfigura esencialmente su verdadero propósito. A primera vista, parece que el comerciante es un hombre humanitario, generoso y concienzudo, que se preocupa del prójimo hasta el extremo de velar por la integridad, el decorado y la exaltación de la ajena indumentaria; que experimentaría un indescriptible disgusto en el horrendo caso de que un ciudadano cualquiera — cliente o no de su casa — se manchase la americana al rozar con el codo en la pintura; que lloraría a moco tendido si algún transeúnte se embadurnara el terno con los chafarrinones inferidos sobre la puerta de su acreditado establecimiento; en una palabra: que sería capaz de las mayores abnegaciones, de los mayores sacrificios — ¡hasta de vender con el peso justo! —, con tal de evitar que una persona, por disculpable distracción o por despectivo desdén hacia sus generosas exhortaciones, mancille la immaculada pulcritud de sus rodilleras en los delicadísimos *panneaux* expertamente esquizados por los hábiles dedos esgrimidores de la sublime brocha gorda...

Todo esto, y algo más, parece decirnos el cartelito de referencia. Pero es el caso que al cartelito de referencia le hemos *tañado* ya, como dogmatizan los clásicos de Embajadores. ¡A otro perro con ese hueso!... Efectivamente, al comerciante que coloca en el zaguán de su puerta un pregón de ese género, no puede interesarle, en modo alguno, que los ciudadanos españoles vayan impecablemente vestidos o vayan hechos unas *birrias*. Esto es indiscutible. Lo que interesa al comerciante en cuestión es que no le compliquen la existencia con altercados, disturbios y citaciones ante la Tenencia de Alcaldía. Diré más: lo que le importa, fundamentalmente, es que el maestro pintor no tenga que insistir en su magnífica obra



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Fíjate: aun habrá quien no se case porque están caros los pisos!... ¡Están por los suelos!...

con nuevos croquis, bosquejos y perfiles, por el hecho de que un peatón incivil, que no sabe andar por la calle, se permita borrar de un censurable codazo la primorosa labor pictórica de un inspirado artista, y que el comerciante, sin comerlo ni beberlo, haya de pagar los vidrios rotos, sufragando el abuso de ese repugnante ciudadano, indigno a todas luces de residir en una población culta que, como Madrid, tiene un millón de habitantes, trece mil automóviles denodadamente dispuestos a reducir a la mitad la cifra del vecindario, y varios centenares de carniceros, lecheros y panaderos resueltos también a mermar un poquito más aún el censo, limitán-

dolo a lo estrictamente indispensable, para que puedan cubrir el riñón los caseros y los arrendatarios del impuesto de inquilinato.

Yo comprendo que Miguel Angel, Rafael, el Greco, Ribera, Velázquez, Van Dick, Goya o Fortuny dijeran al público que se acercase a sus obras maestras mientras estuviesen pintándolas: «Cuidado con la pintura.» Pero un comerciante que, de higos a brevas, y a costa de su parroquia, se limita a lavar la cara al escaparate de su tienda, está en la sagrada obligación de decir al público: «Cuidado con la ropa.» Que no es lo mismo.

MARCIANO ZURITA

PARA TOMAR EL TRANVÍA, AUNQUE ESTÉ COMPLETO

Edmundo de Amicis llamó al tranvía «la carroza di tutti», y yo, sin que esto suponga quererle enmendar la plana al delicioso narrador paisano de Mussolini, lo apodo «la carroza funeraria».

Desde luego, estarán ustedes conmigo en que tomar un tranvía es morirse, ya sea porque el conductor frene y dé usted con la cabeza de otro viajero, que no está usted libre de que sea aragonés; ya por la opresión que le produzcan treinta y ocho viajeros, seis empleados y un retén de guardias que salen de servicio al paso del tranvía, y que se suben, aunque le vean a uno embutido en otra persona, porque se conoce que piensan: «Yo soy una autoridad; y, si van embutidos, que les den morcilla»; ya por la corriente de aire que se establece entre las dos puertas, siempre abiertas, y que, según malas lenguas, lo hacen de propósito los cobradores, subvencionados por médicos que empiezan, y que por

este sistema se hacen rápidamente con una numerosa clientela; ya porque la marcha del tranvía casi siempre es fúnebre, como me permití decirle a un conductor el otro día, el cual me replicó que era de *chipén*, lo que dió lugar a un chiste astracanescos que produjo tal hilaridad entre la compacta multitud de la plataforma, que en poco estubo que no nos destrozáramos de risa unos contra otros cuando yo, por cortar la discusión, dije que la marcha podía ser fúnebre y de *chipén*.

Pero volvamos al enunciado de este artículo, que tiene por objeto buscar la manera de subir al tranvía aunque éste vaya hasta los topes.

Nada más sencillo. Yo voy a ofrecer a los lectores de BUEN HUMOR este sistema de mi invención, porque la poderosa Empresa del desternillante semanario me paga lo suficiente para que yo pueda dar mis artículos con regalo, ni más ni menos que el chocolate.

¡Y va el regalo!

Os colocáis en el andén de la Cibeles, por ejemplo, a las nueve de la noche, hora en que todos los tranvías hacia arriba vienen atestados, y vosotros, al ver llegar a uno de ellos, aprovechando la pequeña parada, y viendo que no se apea nadie, os dirigís a un individuo cualquiera de los que vayan en la plataforma posterior en estos o parecidos términos:

— ¡Oiga usted, so tío sinvergüenza!

Claro, como en una plataforma siempre suele ir más de un sinvergüenza, las personas comienzan a mirarse unas a otras, sin saber por cuál de ellas es el epíteto.

— ¡A usted le digol — insistís entonces dirigiéndoos más categóricamente a la persona que hayáis escogido como blanco de vuestro experimento —. ¡Que no tiene dos dedos de dignidad, ni es hombre!

— ¿Yo? — replica confuso el aludido, sin explicarse todo aquello.

— ¡Usted, hombre, usted, que vive de una vieja extranjera y morfinómano!

— ¡Caballero, usted se confunde, indudablemente! — vuelve a argumentar el insultado.

Entonces tú vuelves a la carga, y, para quemarle más, le tuteas.

— ¡No disimules, granuja! — le espetas, clavándole una mirada iracunda, y le preguntas con una sorna agresiva —. ¿Cuándo le vas a devolver a tu anciana madre sus alhajas de boda, que la robaste narcotizándola?

Claro, ante este cargo horrendo, el hombre, rojo de cólera, te apostrofa a su vez; tú le desafías a que baje. La mayor parte de las veces el individuo no puede resistir más, y responde a tu reto en este instante. Esto depende del temperamento. En caso negativo, podéis añadir, verbigracia:

— ¡Más valía que no tuvieras a tu pobre hermana secuestrada para obligarla a que renuncie su herencia en tu favor, asesinol!

Es lo más probable ya que, ante esta nueva y horrible imputación, el viajero quiera tirarse del tranvía para ahogarte; pero entonces el cobrador, atento a su deber, le dirá:

— ¡Caballero, la bajada es por delante!

El hombre atraviesa entonces el tranvía, febril, mientras tú te subes descansadamente a ocupar el hueco que dejó. El cobrador da la salida, y, entretanto el desesperado ex viajero te busca como un loco, tú te vas a casa a cenar, llegando oportunamente para comer el arroz, que, si espera, se pasa, o la tortilla, que, recalentada, se endurece, o el pescado, que, si no es recién frito, no está bueno.

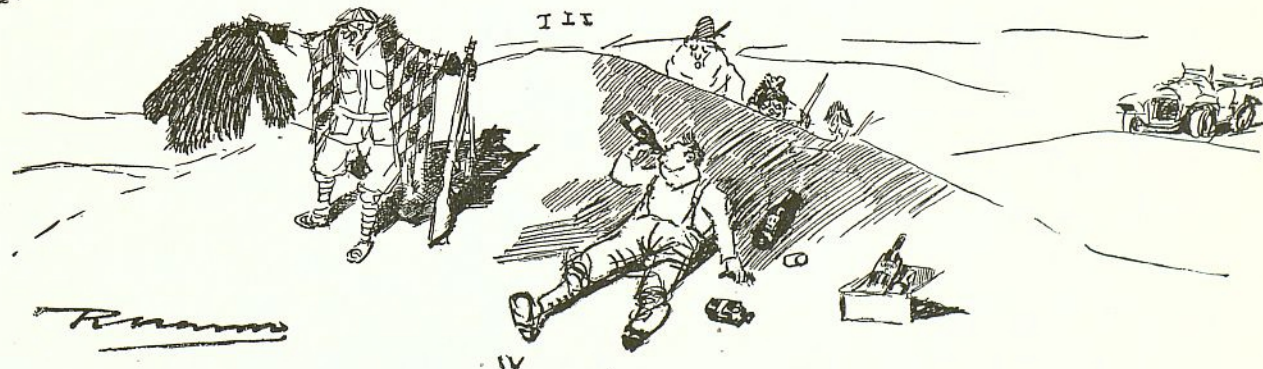
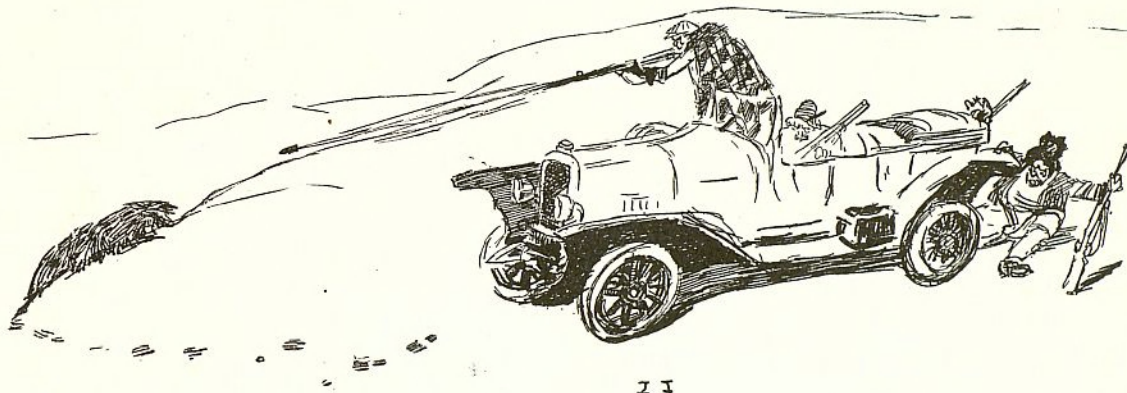
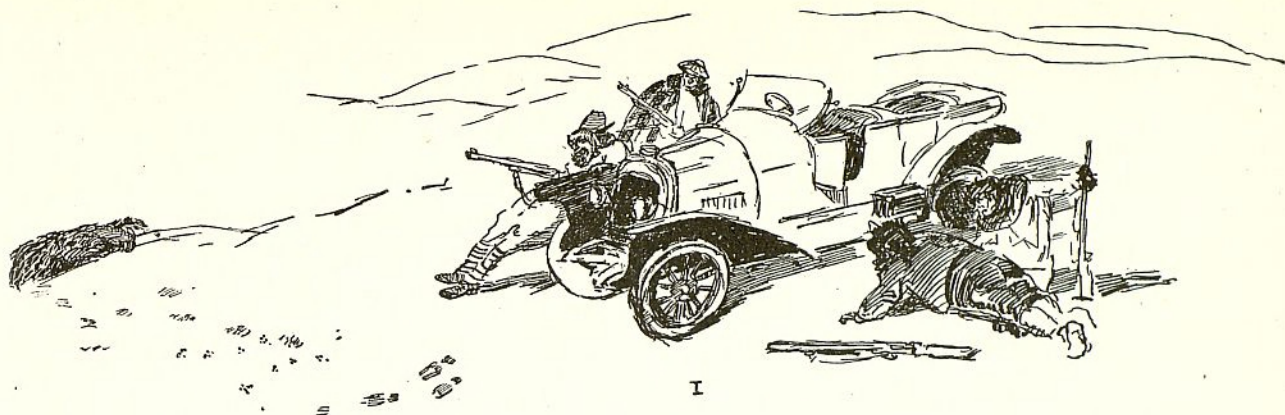
ANTONIO PLAÑIOL



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Mozo: me ha cobrado usted diez céntimos de menos por este servicio.
— Pues, francamente, yo creía que le cobraba el doble...

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar
de la Magdalena (frente al número 27)



LA CAZA DEL OSO QUE DEVORÓ AL CHÓFER

HISTORIETA MUDA, por Ricardo Marín.

Ayuntamiento de Madrid

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES
DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LVIII

En una de mis pasadas y de seguro cruelmente olvidadas crónicas, habíamos quedado conformes, ustedes y yo, en que París albergaba en su desarrolladísimo seno una de socios cursis que acobardaba el ánimo. Hoy me veo en la trágica precisión de repetirlo, y seguramente dentro de un mes, o de mes y medio, lo tendré que volver a repetir otra vez; y crean ustedes que, por muy pesado que me ponga, no llegaré a darles a ustedes ni una leve idea de la extensión, densidad, peso, longitud y desarrollo de la cursilería parisiense. Necesitaría tener doce años de edad, empezar a escribir ahora y pasarme escribiendo hasta los ochenta y cinco años, y a diario, y en un diario... (que, además, publicase una edición por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche), y aun así no tendría tiempo de divagar y hacer los suficientes comentarios sobre las cosas cursis que veo y sobre los esclarecidos sujetos que las realizan, a

ciencia y paciencia del Gobierno, de las autoridades y de los pocos elegantes que hay en París, a los cuales les da mucha vergüenza que los extranjeros observemos ese torrente de cursilería, ese aluvión, ese terremoto, que cada día es más formidable, más grave y más abracadabrante.

Y como las cosas que uno dice las debe probar (aunque no le sepan bien), se imponen unos cuantos verbigracias o ejemplos que las demuestren cumplidamente.

Vamos a ello, pues, con permiso de ustedes, y con la autorización eclesiástica, que previamente hemos solicitado, y que inmediatamente nos ha sido concedida.

En París no sé si sabrán ustedes que llueve algunas veces. Debo decir, patrióticamente, que no llueve tan bien ni con tanta perfección como en Madrid; pero, en fin, aunque llueve muy mal, llueve. Desde tiempo inmemorial, tanto en París, como en Madrid y hasta en Caracas, para resguardarse de la lluvia

se usan unos artefactos que los académicos y los que pronto lo seremos llamamos paraguas.

Estos paraguas, que pueden ser de seda, de semiseda, de algodón, o de un amigo que nos los preste, suelen venderse con unas fundas que los resguardan del polvo cuando están en casa convenientemente arrolladitos durante el buen tiempo. En Madrid tenemos la costumbre de utilizar esas fundas la primera semana que poseemos el paraguas; pero, una vez llovido y empapado el artefacto un par de días, tomamos ojerriza a las fundas, y las enviamos tranquilamente a paseo. Creo que hacemos bien, porque esas fundas no sirven para nada ni Cristo que lo fundó; pero los parisenses piensan de distinta manera que nosotros. Y ¿qué dirán ustedes que hacen?... Ante todo, les juro a ustedes, con la mano puesta en el pecho de la Venus de Milo (que, aunque mármoro, es ebúrneo), que en lo que voy a decir no hay exageración, burla, befa ni choteadura de ninguna clase: es una verdad más pura que el aliento de D. Antonio Maura y Montaner. ¡Pues los parisenses salen a la calle con las fundas puestas en los paraguas!... Calculen ustedes la serie complicadísima de faenas que tienen que realizar cuando empieza a caer agua: desprender el automático de la funda, sacar la funda del paraguas, doblar la funda en varios dobleces, guardarse la funda en el bolsillo, desabrochar el botón de la cinta que rodea la tela arrollada del paraguas, subir el pequeño aparato que sujeta el varillaje del paraguas, abrir el paraguas (si quiere abrirse, que a veces se niega), y cubrirse la cabeza, ¡¡¡al fin!! con el paraguas recién abierto.

¿Qué les parece a ustedes?

Pues este trabajo, bastante más arduo y formidable que los realizados por Hércules con gran admiración de su familia y amigos, lo llevan a cabo los parisenses, todos los días que llueve, con una mansedumbre y una resignación para los que pido una mención honrosa en la Historia, porque lo merecen. Y como no es uno ni dos, sino trescientos o cuatrocientos en cada calle los que hacen esa complicada majadería, pueden ustedes figurarse el espectáculo lamentable a que dará lugar, y la cantidad de agua que les caerá encima antes de que puedan utilizar el *parapluie* tantas veces mencionado.

¿Objeto, intención o finalidad de esa gallarda estupidez? ¡Ya pueden ustedes



EL TEATRO FRANCÉS

Este formidable edificio, en el cual podemos formalmente asegurar que no se representará ninguna obra de García Álvarez, es lo que llamamos los españoles (todavía no sé por qué) la Comedia Francesa. Recientemente, este teatro ha sido teatro de un ligerísimo pateo, dedicado, exclusivamente, a una colosal y bastante magra mademoiselle que estaba perpetrando unas cuantas infamias ignominiosas contra Molière, al cual renovamos el testimonio de nuestra admiración, a la par que le enviamos cariñosos recuerdos para toda su distinguida familia, los cuales nos hará el favor de transmitirla. Gracias anticipadas, ¡y a otra cosa!

comprenderlo! ¡Hacer creer a la gente que el *parapluie* es nuevecito y acabado de salir de la paraguitería! ¡Una cosa así como ponerle una faja de puro habano a una tagarnina de veinte céntimos, cosa que también aquí hacen muchos, sin preocuparse de las censuras que yo les pueda dirigir!... Es más: estoy segurísimo, y lo he observado, de que, lo mismo que se venden fajas sueltas para puros indecorosos, se expenden a diario la mar de fundas para paraguas insertibles, pues no hace mucho pude ver que un ciudadano extraía de una funda de seda, no un paraguas, sino una ignominia, con tres varillas de menos y dos *sietes* de más, la cual ignominia no pudo abrir ni aun llamando a un cerrajero que le observaba desde la puerta de su establecimiento.

Pues bueno: todo esto son tortas y pan al óleo comparado con lo que voy a decir ahora. ¡Agárrense ustedes a la señora que tengan más cercana, aunque no sea la propia, porque si no toman esa precaución, se van a desplomar del susto.

En París, en la divina Lutecia, en la estupefaciente *Ville Lumière*, en la llamada capital de Europa, he descubierto estos días un sorprendentísimo truco que brindo a los madrileños..., a los que sean cursis, por supuesto. Mi hallazgo tuvo lugar contemplando el escaparate de una tienda de muebles. Ostentábase en él una magnífica y algo manchada sillería Luis XVI (un Luis más que los tacones de los zapatos de las señoras). Relucía el oro, brillaba el raso de la tapicería, y hasta se ofrecía con espléndidas irisaciones el pelote de los asientos: ¡cosa rica, fastuosa, decorativa, indescriptible, en fin!... Me sorprendió el lujo de los susodichos muebles; pero más me sorprendió todavía el letrero colocado sobre el respaldo de uno de los sillones, y que decía así:

A LOUER
POUR NOCES ET FETES

Me quedé lívido, extático, absorto y mudo, esto último, porque iba solo y no tenía con quién hablar. Y convendrán ustedes conmigo en que la cosa estaba más que suficientemente justificada para la lividez, la extatiquéz, la absorbidez y la mudez. Que la sillería se alquilase no me hubiera dejado frío; pero que se alquilase para bodas y fiestas, abrió ante mis ojos un panorama, y me enseñó una cosa que no sabía ni creí que pudiera saber nunca. ¡Sí, señores, parece una bola; pero es un axioma: en París se alquilan muebles Luis XVI, con el fin de que los invitados a las bodas y a las reuniones se traguen el paquete de que aquellos espléndidos objetos pertenecen a los novios o a los señores ya casados que se empeñan en dar recep-



LA «PORTE SAINT-MARTIN»

Conjunto de piedras, puestas unas encima de otras, menos las que están debajo, que no pueden estar encima (o la lógica es una sandez). Esta puerta, que es uno de los orgullos de los parisenses (los parisenses tienen orgullo de todo), se remonta a una respetable antigüedad; y, si llaman ustedes a ella, no les contesta nadie. Menos mal que está abierta y se puede pasar adelante sin permiso, aunque no vale la pena, porque no conduce a ninguna habitación confortable. Es más: da la inefable casualidad de que, entren ustedes por donde entren, se encuentran siempre en la vía pública. O más claro: ¡que por la puerta se va a la calle..., y ustedes perdonen!

ciones y en darse pistol ¡Por unos cuantos francos, los individuos que no quieren ser francos y decir a sus amistades que sus muebles son una *birria*, se proporcionan el gustazo de enseñarles una sillería dorada, que al día siguiente se llevarán en un vil carro unos mozos de Auvernia, no menos viles y miserables!

Y de deducción en deducción, y auxiliado por el *garçon* de mi hotel, que me ha contado cosas peregrinísimas, he llegado a la conclusión de que se alquilan para las bodas camas de matrimonio, que no llegan a usarse, porque se las llevan al anochecer; cuadros que representan a generales napoleónicos, y que los novios hacen pasar por tatarabuelos, ora de él, ora de ella, y que se los llevan a la misma hora, y hasta trajes de novia y ramos de azahar, que en cuanto la pudorosa contrayente se queda sola surge su dueño legítimo y, previo un rápido desnudaje, se los lleva también, dejando a la enamorada tórtola en mangas de camisa (esto suponiendo que la camisa no sea también alquilada, que todo pudiera ser).

Y como resumen de todas estas sorprendentísimas atrocidades, una idea casi mefistofélica se ha adueñado de mi cerebro.

¿No podían esos industriales parisenses que alquilan muebles, camas de matrimonio, trajes de boda y ramos de azahar, alquilar a las novias también?

Porque estoy segurísimo de que ha-

bría parroquianos que llevarían su mentecatez (¡o quién sabe si su viveza!) hasta el extremo de decir que se casaban siendo mentira, nada más que por el gustacillo de invitar a los amigos a una boda.

¡Y el alquilador, con llevarse la novia al mismo tiempo que los demás trastos (o un poquito después, si había un convenio previo, con ligero aumento de precio), habría realizado un pingüe negocio y abierto un nuevo horizonte a las vanidades humanas!

¡¡Oh, París, qué descomunal eres!!

¡¡Porque..., ¡qué caramba, digamos la verdad!... esto que yo acabo de creer que es una idea mía, acabo de saber que ya se viene haciendo, aunque de una manera solapada y subrepticia, con absoluto y categórico beneplácito del público!!...

¡Sí, señores; me han presentado a una novia que se alquila, desde el más modesto plan (diez de la mañana al anochecer, como los muebles), hasta el más suntuoso servicio!

El servicio más suntuoso es con viaje de novios comprendido.

Rigurosamente chipén.

Lo juro por mi salud..., aunque hace tres días que tengo un constipado que no sé si saldré de él.

LIX

Acabo de leer en un periódico una noticia que me ha sumido en la mayor desesperación.

Dice así, al lindo pie de la letra:
Madame Poincaré ne recevra pas demain 6 mars.

¡Y yo, idiota de mí, que no escarmiento, a pesar de los feos que constantemente me están haciendo en París!

Porque han de saber ustedes que yo, olvidando antiguos resentimientos, pensaba ir a ofrecer mis respetos, precisamente ese día, a la referida y poco atenta madame Poincaré.

¡Bueno, pues ya no voy!

Y no sólo no voy, sino que en castigo, y por si a madame Poincaré se le ocurre venir a ofrecerme sus respetos a mí, ahora mismo remito a *Le Matin* el siguiente anuncio:

Monsieur Ernesto Polo ne recevra pas demain 7 mars... Et à madame Poincaré, jamais de la vie.

Así, corto y ceñido.

Naturalmente, que si me publican ese anuncio (que ya verán ustedes cómo no

me lo publican) va a haber más que voces. Quizás quieran expulsarme de París; pero no creo que sean más severos conmigo que con esa pobre vagabunda a quien acaban de condenar los tribunales (aunque a ustedes les parezca que eso es una brutalidad... y, en efecto, lo es), a cuatrocientos años de destierro.

¡Pobre Elisabeth Dubois (que así se llama la infeliz desterrada), te han fastidiado! ¡Lo único que te deseo (y que me quede tonto si te engaño) es la salud necesaria para poder cumplir la pena en todas sus partes!

¡Y además, me alegro de que madame Poincaré y los jueces que te han condenado (que deben ser unos genios) no puedan verlo!

Yo haré lo posible por ver si lo veo.

ERNESTO POLO

París.—Restaurant Larue.—Marzo.

NUESTROS AUTORES

(INTENTO DE REMEDO)

(T. del Álamo y Asenjo.)

MANITAS. — ¡Pos no te das tú postín, ni na!

EL PICA. — ¡Suerte! ¡Que abiyela uno jayeres!

MANITAS. — ¡Apandaos!

EL PICA. — ¡Achanta, Manitas, que te hemos tañao y sabemos que has estao sornando en el estaro por algunos brujes!

SOLE. — ¡Pero mia que seis ustés chulos puchando caló!

EL PICA. — ¡Yo, chulo?... Como que me corto las uñas de los pies con los calcetines puestos.

MANITAS. — ¡La chipendil... Hay que diquelar lo que se siñela una chupa, los boquis del fili, una saña, la bofia y la chalipén de la chefarela de mi menda...

✠

(Paradas y Jiménez.)

MADEJAS. — Como sus decía: La Tiodora es una güena moza que en jamás ha tenío dengún tropiezo, y que desde que conoció al Melitón, s'ha caído. Y esto no es mermurar, esto es icir las cosas en el güen sentío. La moza no ha hablao con naide de naa malo, ni naide l'había dicho ¡por ahí te pudras! Y como quiera que nunca había hablao, pos en el pueblo ha empezao a dar c'hablar porque icen que cuando ella no ha hablao es porque tendría por qué callar. ¿Entendís?...

SEÑÁ TANA. — Ya, ya.

MADEJAS. — Y ayer, cuando fué a visitar a la Noberta, que too el pueblo sabe que vive con el Aniceto el del molino mu malismamente... (y esto no es mermurar), y icen que, sin saber cómo ni quién, arrempujaron a la Tiodora, la icharon al molino, y estuvo en la muela hasta que la sacó el dentista.

(De este dentista, dirán que escupe por un colmillo, que es hombre de pasta, que es incisivo de carácter, y que promovió un juicio por una muela del juicio, etc., etc.)

✠

(García Álvarez.)

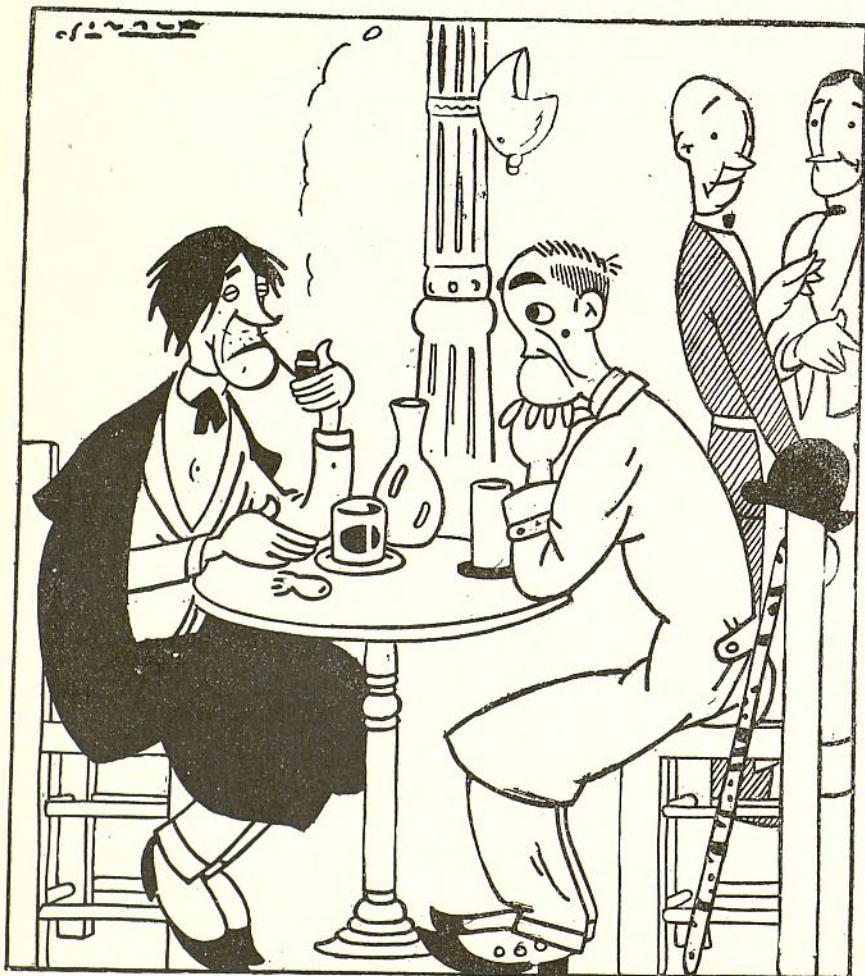
(Título que este jocoso autor pondría a esta obra:)

*La dureza de don Cayo,
o
El señor Peyo es un payo.*

RODRÍGUEZ y AMADEO.

RODRÍGUEZ. — ¡Amadeo, no seas falso, y cuéntame cómo vives, Amadeo! ¿Dices que el tal Acuarela...?

AMADEO. — Me resultó un fresco. Y



Dib. LINAGE. — Madrid.

— Pero, hombre, ¿por qué no te cortas nunca el pelo?

— Mira, chico, francamente: es una testarudez que no habrá quien me quite de la cabeza...

conste que tendrás pocos amigos como yo de francos, Rodríguez. Me juró por su difunta madre que con su negocio de fuelles nos íbamos a inflar, y además, que si le daba cien pesetas, haría tocar mi destartada pianola...

RODRÍGUEZ. — ¿Y qué...?

AMADEO. — Que después de suministrarle los veinte duros, se me fuga, dejándome una carta en la cual me decía que, si quería que tocara mi pianola, no tenía más que hacer una cosa...

RODRÍGUEZ. — ¿Cuál?

AMADEO. — Rifarla.

RODRÍGUEZ. — ¡Qué tío!

(Salen varios invitados en tropel.)

INVITADOS. — ¡Que sí!... ¡Que sí!... ¡Que sí!...

INVITADO 1.º — ¡Dejadme, hombre, dejadme!

RODRÍGUEZ. — ¿Qué pasa?

INVITADO 1.º — Estos, que se empeñan en que yo cante ese tango que ha escrito Enriquito, y que se titula *Tango Frio*.

AMADEO. — ¡Pues duro, a bailar!

INVITADO 1.º — ¡Vaya por usted!

MÚSICA

¡La Maté..., la Maté...,
la Matea se ha comprado un acordeón,
que hace ¡tipi, tipí, tin, tin, tin!,
y hace ¡tipi, tipí, tin, tin, ton!
Y en su casa da vermús aristocráticos,
y democráticos,
y muy *pitchut*.
Y el que la oye alguna vez
sale diciendo: ¡Ay que ver...,
ay que ver...,
ay que vermúl...!

(Telón.)

xxx

(Cuento original de José María Grana.)

El NENE y el tío Roque.

NENE. — Eza gitana es una tía de grazia.

ROQUE. — En el Albaicín no hay otra como ella. ¿Tú no sabes lo que hizo er mes paza?

NENE. — ¿Qué?

ROQUE. — Pos que le vendió a un zeñorito un canario con la pata partía. Er zeñorito no ze fijó ar pronto; pero aluego, ar día siguiente, notó la falta y fué a reclamá a eza gitana.

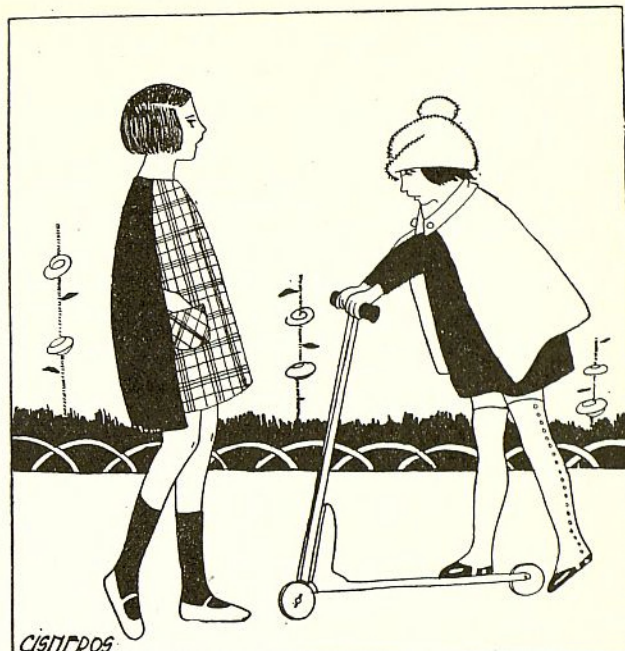
NENE. — ¡Y güena es ella pa degorvé nal!

ROQUE. — ¡Ella? Se rascó los liendres, y le dijo: «Pero, zeñorito, ¿qué le paza ar pájaro?» «¡Ladronal! ¡Pues que tiene la pata rota!» Y ella fué y le dijo, dice: «¡Zeñorito de Dió! ¿Pa qué quería osté er pájaro? ¿Pa cantá, o pa presidente Senao?...»

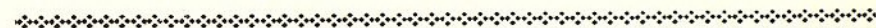
El parodista,

VICENTE SORIANO

Dib. CISNEROS
Madrid.



— ¡Anda, déjame montar! ¡Una niña como tú, tan rica, necesita una chófer!



DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS PEDAZOS DEL TÍO ANSELMO (drama de la vida vulgar), por Cami.

PRIMER ACTO

UNA FAMILIA ENCANTADORA

(La escena representa un comedor, a media tarde.)

LA MADRE DE FAMILIA (a sus hijos, Popaul y Nenette). — Mientras yo recojo los cubiertos, vosotros debéis estudiar vuestras lecciones y hacer vuestros deberes. Sobre todo, no hacer ruido, para no molestar a vuestro padre, que está descuartizando al tío Anselmo en la cocina.

NENETTE. — ¡Pobre papá! ¡Por asegurar nuestro porvenir y procurarnos un mayor bienestar es por lo que está descuartizando al tío Anselmo esta tarde con un cascanueces.

LA MADRE DE FAMILIA. — Sí. El tío Anselmo era un viejo avaro que guardaba su fortuna en el colchón. Vuestro padre, que es un hombre de orden, indignado de ver improductivo este capital, es por lo que, después de largas reflexiones, se ha decidido, por nosotros, a suprimir a ese viejo miserable. ¡Popaul, no te metas los dedos en la nariz!

NENETTE. — ¿Y no vendrán los guardias a buscar a papaito, di, mamá?

LA MADRE DE FAMILIA. — No, queridita; no temas. El tío Anselmo había anunciado a todos los vecinos que regresaba a América. Su desaparición pasará por

completo inadvertida. ¡Pero, vamos, trabajad mientras tanto! ¡No es una razón el que vuestro padre descuartice al tío Anselmo para que perdáis el tiempo destinado al estudio!

NENETTE. — ¡Mamá, Popaul no me deja aprender mi lección! ¡Me tira del pelo!

LA MADRE DE FAMILIA. — ¡Popaul! ¿Quieres dejarla tranquila, o llamo a tu padre?

POPAIL (cínico). — ¡Oh, la, la!... ¡Estoy bien tranquilo! ¡Está descuartizando al tío Anselmo!

LA MADRE DE FAMILIA. — Sí; pero no por eso ha de dejarte sin castigo! ¡Vas a ver, insolente! (Llama a la puerta de la cocina.) Ven a corregir a Popaul. Hace rabiar a su hermana, y me ha conestado mal.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA (en la cocina). — ¡Déjame en paz! ¡Sapristi! ¡Estoy descuartizando al tío Anselmo!

LA MADRE DE FAMILIA. — ¡No grites, hombre! ¡No jures! ¡Luego te quejarás de que tu hijo está mal educado!

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA (en la cocina). — ¡Buenol... ¡Ya voy! ¡Dile que cuando vaya le voy a administrar un par de azotes! ¡Esperad un poco a que acabe con esto! (Sale a poco de la cocina, y castiga a Popaul.) ¡Toma, infame! Para que aprendas a no tirar del pelo a tu hermana y a faltar al respeto a tu madre. Si continuas por ese camino, acabarás mal. (Vuelve a la cocina.)

LA MADRE DE FAMILIA (a Popaul, que llora). — Ya lo has oído. No ha hecho más que castigarte como mereces. Enjuga tus lágrimas y acaba el problema.

POPUL. — Yo no lo sé hacer. Es muy difícil. Quisiera que papá me ayudase.

LA MADRE DE FAMILIA. — ¡Ay, Dios mío! ¡Qué hijo! Si es que te has creído que te valdrá que tu padre esté ocupado para no hacer el problema, te has equivocado. *(Llama a la puerta de la cocina.)* Soy yo, soy yo, hombre. ¿Puedes venir un momento? Es que Popaul no sabe hacer su problema.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA *(en la cocina)*. — ¡Santo nombre de Dios! ¿No sabéis que estoy descuartizando al tío Anselmo? ¡Maldita sea la...!

LA MADRE DE FAMILIA. — Sé bueno, sé bueno, hombre. Tus hijos tomarán mal ejemplo.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA *(en la cocina)*. — ¡Bueno!... ¡Ya voy!... ¡Voy en seguida! *(Sale de la cocina.)* ¡Vamos! ¡A ver ese problema!... *(Explica el problema a Popaul.)* Te ruego que no me molestes más.

NENETTE. — Di, papaito, ¿es el domingo cuando vamos a ir al bosque de Montfermeil a enterrar los pedazos de tío Anselmo?

EL PADRE DE FAMILIA. — Sí, si sois buenos. *(Vuelve a la cocina.)*

NENETTE. — ¡Oh, qué dichal! ¡Un día de campo! Comeremos sobre la hierba, ¿verdad, mamá?

LA MADRE DE FAMILIA. — Sí, hijita; pero estudia tu lección.

(Una hora después, la madre de familia deja su trabajo de costura y entra en la cocina.)

EL PADRE DE FAMILIA. — Ya está esto. Voy a envolver los pedazos.

LA MADRE DE FAMILIA. — ¡Vaya unos paquetes! Deja que yo me encargue de eso. Tú no has sido nunca capaz de hacer un paquete en la vida.

SEGUNDO ACTO

UN CHICO INCORREGIBLE

POPUL. — ¿Lo pasaste bien ayer, di Nenette?

NENETTE. — ¡Oh, sí, Popaul! Hemos comido sobre la hierba, y mientras papaito y mamánta han enterrado los paquetes del tío Anselmo, hemos jugado por el bosque de Montfermeil.

POPUL. — ¡Qué bien jugamos!

NENETTE. — A la vuelta, papaito me ha dicho que si tenemos buenas notas esta semana, iremos el domingo próximo a otro bosque, con lo que queda del tío Anselmo.

POPUL. — ¡Oye, Nenette! Mientras que tú dabas tu lección de piano con mamá, yo he hecho todos estos paque-

titos para que nos divirtamos el domingo. Los enterraremos en el bosque, como papá y mamá.

NENETTE. — ¿Y qué hay en esos paquetes, Popaul? *(Abre un paquete.)* ¡Ah, malol! ¡Cruell! ¡El pie de mi muñeca! *(Abre otro paquete.)* ¡Oh, el brazo de mi linda muñeca! *(Llorando.)* ¡Ah, ahl! ¡Se lo voy a decir a mamá!

EL PADRE DE FAMILIA *(entrando)*. — ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras, Nenette?

NENETTE. — Es que Popaul ha partido mi linda muñeca en pedazos, como el tío Anselmo.

EL PADRE DE FAMILIA. — ¡Ah, miserable, golfo, infame! ¡Verás! ¡Mira lo que consigues con romper en pedazos la muñeca de tu hermana! *(Castiga a Popaul.)*

POPUL *(entre dos gemidos)*. — ¡Tú también has descuartizado!

EL PADRE DE FAMILIA. — ¡Ahl...! ¿Quién te ha enseñado a contestarme? Además, los niños no deben imitar lo que hacen las personas mayores. ¿Has roto en pedazos la muñeca de tu hermana? Pues bien; para castigarte, no vendrás con nosotros el domingo al bosque de Bagneux a enterrar las piernas del tío Anselmo. ¡Para que aprendas!

TELÓN

A. R. H.



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD. ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprime usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

R. G. R. Madrid. — Su «Tintura del cabello» nos ha engañado. Creíamos que estaría al pelo; pero luego hemos visto que no. ¡Desengaños que se lleva uno! ¡Otra vez será!



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Zavala, Cork (Irlanda). — Es una pena; pero es absolutamente cierto que, como no viva usted más que de lo que le produzcan sus obras, lleva usted el mismo camino que el acreditado alcalde de esa población encantadora, a la par que irlandesa y puigcaldafalchista.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

M. B. G. Valencia. — A su cuento le ocurre lo contrario que a la Virgen María, a la cual, como usted sabrá, se la saluda con la frase aquella de «¡llena eres de gracia...»

J. D. Bilbao. — Su «Guerra al ahorro» no es que esté mal, precisamente; pero en «La actualidad financiera» estaría mucho mejor. En esta casa, cuando no nos reñimos los intestinos, nos decepcionamos mucho.

Radalen, Madrid. — El pie de su dibujo no tiene gracia. Pero no se apure usted. Tampoco la tiene Chicote, y se ha hecho rico. Mande otras cosas.

K. Charro, Bilbao. — El dibujo con que nos honra, aun agradeciéndoselo en el alma, no nos conviene. Los versos con que nos ha llenado de admiración, tampoco nos llegan a convenir del todo. Uno de los chistes que nos ha enviado con las precedentes muestras de su innegable ingenio, hemos procurado hacer un esfuerzo para que nos convenga, y lo hemos publicado, para que no diga usted que le queremos condenar al ostracismo sistemático.

Galarza, San Fernando. Paloma, San Fernando. — Tanto lo que nos ha enviado el Sr. Galarza, como lo que nos remite el Sr. Paloma, ha hecho su entrada solemne en el cesto de los papeles. Ahora bien: a pesar de la diferencia (¡ii!) de estilos, aquí hemos caído en seguida (y sin hacernos daño) en que Paloma y Galarza son dos personas y un solo dibujante (¡iiiiiii!) verdadero. ¡Y esto de verdadero lo decimos para no desanimarle demasiado! ¡Ya se desanimará él solito!... ¡Dame la mano, Paloma!

Sérvulo Martínez, Albacete. Que usted puede llegar a ser el orgullo de Albacete, ¡qué duda cabe!... Que el dibujo que ahora nos ha mandado se publica, es seguroísimo... Pero que no se publica en portada, es impenitente... Publicar una portada en BUEN HUMOR no consiste en la Dirección, sino en los dibujantes. ¿Está esto claro?... Perfil, cuide, esmérese, quénese pestañas, caliéntese la cabeza, y su deseo quedará satisfecho, y nosotros también.

Apatomonasterio, Vizcaya. La descomposición poética que nos dedica con el desconcertante título de «Florilegio de flores», debe de ser una choteadura, de la que le perdonamos a usted de bonísimo grado. Aquí tenemos un alma fenomenal.

L. M. M. Chiva. — Sí, señor. En cuanto vea usted su artículo publicado, puede usted cobrarlo enviando una persona autorizada debidamente por usted. Pero, ¡ay!, hay que hacer una pequeña aclaración: que el artículo que nos ha mandado no lo va usted a poder ver publicado, porque es que no nos gusta nada. Pero para cuando nos guste, ya lo sabe usted.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

Madinas de guerra. — Las solicitan con absoluta urgencia los bizarros caballeros siguientes: Arturo Heredia, Antonio Castuera, Jacinto Villacueva y Francisco García (del batallón de Radio de campaña, quinta unidad, Alcazaba, Tetuán); Luis Diolach, Alberto Pastor, José Guix y Antonio Zulipa (del primer batallón La Albuera, número 26, Plana Mayor, Melilla); Luis Bazán (de Ben-Karrich, Tetuán); Julián Ruiz y Casimiro Vidaurre (sargentos de Regulares indígenas, Alhucemas, número 5, primer batallón, segunda compañía); Vicente Lorenzo, y César de Lucena y Beltrán (Legión extranjera, primera compañía, segunda sección); y Enrique Yuste (cabo del batallón de Cazadores de Llerena, quinta compañía). Todos ellos anhelan que las interesadas sean guapas y de un categórico buen humor, y el último desea que le manden tabaco y caramelos de Matías López.

Además de los indicados, nos escribe un sargento, que debe de ser hombre terrible, para que publiquemos las siguientes líneas, que allá van, sin quitar punto ni coma:

«Para desafiar a Abd-el-Krim solicita padrino de guerra el sargento de Regulares de Alhucemas, número 5, Avelino Villalba Pérez».

Si no nos marease el cruzar el Estrecho, nos ofreceríamos nosotros. Palabra de honor.

Casanella, Oviedo. — ¡Cómo Casanella? ¡No sea usted modesto! ¡Morrall! ¡Y todavía nos quedamos cortos!

M. G. B. Escorial de Abajo (Cuarto Carretero). — Su artículo no vale nada. Si acaso, si acaso, y tratándolo

le con mucha benevolencia, podrá valer unos cien marcos; ¡ni uno más! Excusado es decir que a ese precio no le conviene a usted publicarlo.

B. G. H. Madrid. — Si ha posado usted alguna vez su aguilina mirada sobre las páginas de nuestro semanario, habrá podido observar que eso de los «Ecos de sociedad» ya lo hemos hecho aquí reiteradas veces. Y sin que esto sea ponernos tontos, bastante regularcillamente. Sus «Ecos», por tanto, no han hallado eco en nuestro corazón.

Wayá - Wais, Madrid. — Le advertimos a usted seriamente que si continúa enviándonos cosas como las que acostumbra, vamos a tener un disgusto muy gordo. ¡Por éstas!...

El que nos mande hacer versos, nos molesta y nos cohibe; mas los hacemos con gusto si son de Jarabe Orive.

Sisaag, Salamanca. — La «Estudiantina» pasa... al cesto, como es natural.

Juli, Sevilla. — Díganos su dirección para enviarle lo que nos pide. Lo que ha remitido últimamente no ha tenido la suerte de agradarnos del todo.

Pirandello, Madrid. — Cortito y anticuadito. Ahora el público pide más, y si no se lo dan se enfada mucho. A veces, que hemos tenido la debilidad de publicar algunas cosillas de ese estilo, hemos recibido cartas de lectores con amenazas de muerte y con epítetos que nuestro natural rubor nos impide estampar aquí.



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

Cortés, Hermanos. — Barcelona

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.



— ¡Oh!... Yo tengo verdadera debilidad por mi perro... Como vivimos juntos hace tanto tiempo, ha acabado por hacerse a todas mis costumbres...

(De Le Rire, de París.)

— ¿Por qué te han despedido de la mercería?

— Porque dije a una señora, que pedía medias cortas, que volviera, que sólo había largas.

— ¿Pues qué quería tu principal que hicieras?

— ¡Que, en vez de decirle que volviera, le hubiera dado «largas»!

M. Conde.

— ¿Cuál es el abogado del mareo para los andaluces?

— San Frasquito de Sales.

Tarquino Severo.
Madrid

Al hombre que por curarse el catarro se desvive, hay que mandarle que tome siempre el Jarabe de Orive.

A un muchacho que empieza a fumar le regalan unos tíos suyos una fosforeta con una mujer desnuda poniéndose una camisa Imperio. Los padres del chico, al ver el regalito, dicen a los tíos:

— ¡Hombre! ¡Podfais haberla comprado cinco minutos más tarde, y hubiera resultado más decente!

Mandarín. — Madrid.

En unas oposiciones, haciendo el examen de Historia:

El catedrático. — Vamos a ver. Dígame algo de Guzmán el Bueno.

El opositor. — Pues que no queriendo ser traidor a su patria, prefirió antes el sacrificio de su amado hijo, haciendo él mismo la entrega del puñal asesino.

El catedrático. — Muy bien. Y de su hijo, ¿qué me dice usted?

El opositor. — Que le tengo en cama con la gripe hace unos días.

Arsenio Relano.
Guadalajara.

El niño. — ¡Mamá, el sombrero de papá se ha caído por el balcón!

La mamá. — ¿Pero lo sabe papá?

El niño. — Claro que lo sabe, porque lo llevaba puesto.

Francisco Serrano.
Madrid.

— ¿En qué se parecen los soldados a las velas?

— ¡En que llegan a «cabos»!

Pepe T. Moreno.
Córdoba.

— ¿En qué se parece un laboratorio de Química al Japón?

— En que en el Japón hay «ki-monos», y en el laboratorio hay «quí-micos».

El de las Napias Colosales.

— ¿En qué se parecen los huevos a los billetes de Banco?

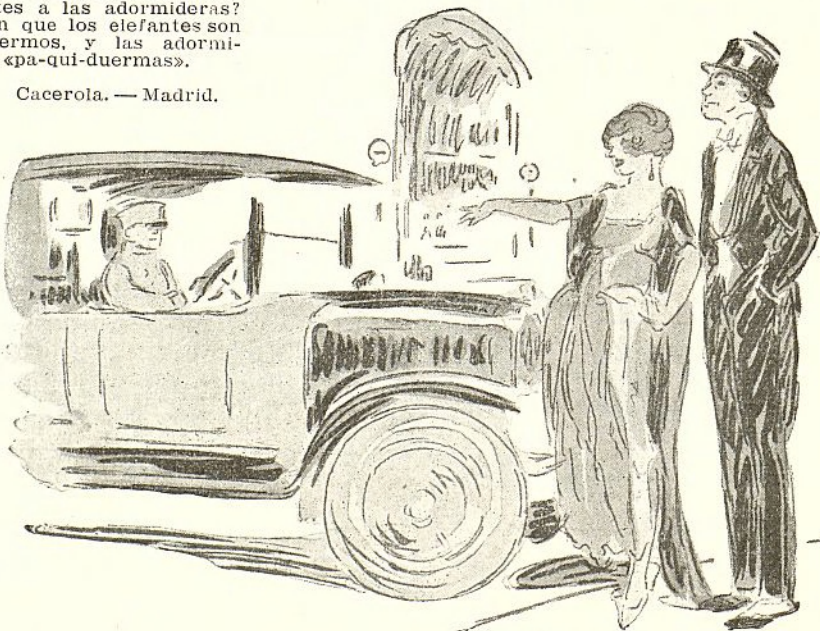
— En que se pueden volver «duros».

F. Guadilla. — Bilbao.

El premio del número anterior ha correspondido a **J. M. Conde, de Madrid.**



GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



— No tomes este taxi. Es preferible un Ford: llevo una botella de cock-tail en el bolsillo, y necesita agitarse.

(De Life, de Nueva York.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Redne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinia y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarra, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



BILBAO.

Dib. BILBAO.—Madrid.

—¡Ten cuidado, Sole, que se te están viendo las formas!

Ayuntamiento de Madrid